DOCUMENTO DE TRABAJO 3.6

VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014

La expansión de la exclusión social por la extensión del desempleo y la ocupación precaria

Nerea Zugasti Mutilva
Universidad Pública de Navarra

FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

1. Introducción

El empleo es considerado como un elemento clave para la integración. Sin embargo, como bien es sabido, en las últimas décadas hemos asistido a un proceso de deterioro de la calidad del mismo. De manera paralela, en un contexto de crisis económica, el fenómeno del desempleo se ha convertido en uno de los principales problemas de nuestra sociedad actual. Resulta clara la relación entre los ciclos de crisis del mercado de trabajo español y los fuertes saltos en las tasas de empleo y desempleo. El avance del desempleo en las etapas de crisis y recesión es una constante en el mercado de trabajo español y debe ser relacionada con un modelo de baja productividad con importantes niveles de empleos temporales y no cualificados, especialmente sensibles a los cambios de ciclo económico. En este marco analizaremos la influencia de los cambios en el mercado de trabajo durante la actual época de crisis económica en los sectores que ocupan el espacio social de la exclusión. Partiendo de esta perspectiva pretendemos, en primer lugar, mostrar las grandes tendencias de evolución en el mercado de trabajo en relación a cuestiones clave como son la extensión del paro, la destrucción de empleo temporal y los cambios en relación al empleo irregular. Éste constituirá el marco sobre el que situaremos los análisis posteriores de este trabajo, centrados en los procesos de exclusión social.

En este contexto, resulta inevitable hacer referencia al impacto de la crisis en diferentes grupos sociales. Son diversos los estudios que constatan la especial afección de la crisis en colectivos que se encuentran en situaciones de vulnerabilidad (Garrido, 20120; Zugasti, 2013). Se hace necesario por tanto seguir analizando la distribución del impacto de la crisis en los diferentes grupos sociales en términos de empleo desde la perspectiva de la integración. Esta cuestión debe ser ligada al proceso de extensión de la exclusión que ha tenido lugar en los últimos años, tanto en términos absolutos (ahora hay más personas afectadas por la exclusión) como en términos de intensificación de las problemáticas.

Dicho esto, y si bien el empleo precario y especialmente el desempleo pueden suponer un riesgo alto de exclusión, debemos señalar también que la existencia de mecanismos de compensación como la protección social, las prestaciones o el apoyo familiar hacen que la relación entre estos fenómenos y la exclusión sea estrecha pero no directa (Pérez, 2010). Es por ello que diversos estudios han desarrollado la concepción de los efectos del desempleo o del empleo precario como «riesgo de exclusión» (Laparra, 2007) o «factor de vulnerabilidad ante la exclusión social» (Subirats, 2004). Por ello, pretendemos poner de relevancia las complejas relaciones, de ida y vuelta, de la exclusión social con la exclusión del empleo.

Siguiendo en esta línea, entendemos que los riesgos del empleo precario pueden verse compensados en ciertos hogares por los ingresos derivados de fuentes de mayor calidad o más estables que obtengan otros miembros del hogar. Sin embargo, en otros hogares, dicho empleo constituirá la única fuente de ingresos, provocando escenarios de tensión en el seno de estos hogares. Por ello, hemos considerado relevante analizar la combinación de las diferentes situaciones en relación a la consecución de ingresos en los hogares y la evolución del empleo temporal y del empleo de calidad.

Asimismo, no podemos perder de vista la importante cuestión de la pérdida progresiva de capacidad de negociación de los trabajadores en un contexto de competencia por un recurso escaso como es actualmente el empleo. Por ello, continuaremos esta propuesta con el análisis de la afección del desempleo en los hogares y en los diferentes grupos sociales, con especial hincapié en aquellas personas que ocupan el espacio social de la exclusión. Profundizaremos también en las condiciones de trabajo de quienes han conseguido mantenerse en el mercado de trabajo. Pretendemos mostrar la pérdida de capacidad integradora del empleo y la tendencia precarizadora a las que está asistiendo el conjunto de la población ocupada en general y los colectivos más vulnerables en particular.

Por último, nos centraremos en las diferentes estrategias que están desarrollando aquellas personas que se encuentran en situación de desempleo para afrontar su día a día. En un marco de amplia extensión del desempleo, esta resulta una importante cuestión que debe ser abordada.

2. Tendencias de evolución en el mercado de trabajo

Son muchos los estudios que hacen referencia a las diferentes dimensiones que posee la exclusión social y la multiformidad con que la misma se presenta en la vida de las personas, pudiéndose concluir, de forma consensuada, la existencia de tres grandes dimensiones: económica (entre la que se encuentra la relación salarial normaliza), política y social (Laparra, 2007). El abordaje de la integración laboral es pues clave para el análisis de la integración social.

Sin embargo, tal y como explica Pérez (2001), el debate sobre la crisis del trabajo y la necesidad de admitir la importancia de otros elementos de integración aún continúa y, de hecho, hay apuestas por diferentes alternativas como el reparto del trabajo o la posibilidad de que tanto la integración como el sentido de pertenencia no estén basados únicamente en la contribución económica, sino también en la beneficio social, cultural y personal. Estas críticas parten de las transformaciones en el panorama laboral que se han ido desarrollando desde los años 70, en parte vinculadas al aumento del desempleo, que han redundado en un incremento de las dificultades de determinados sectores sociales para lograr un empleo. Por otro lado, este cambio se ha desarrollado en conjunción con la extensión de nuevas formas de empleo atípico, ligadas a la precariedad de empleo, tales como los contratos de tiempo a corto plazo o la jornada de trabajo parcial.

El empleo o el empleo de calidad no es la única forma favorecer la incorporación social. Sin embargo, sí que es considerado como una herramienta clave de integración. Debemos remarcar, por tanto, que la pérdida de centralidad del trabajo no es algo inminente. Tanto es así que “desde la revolución industrial, el sistema de bienestar construido en torno al empleo, la estabilidad económica, el reconocimiento social, el acceso a la protección social, a la vivienda, las posibilidades de representatividad social e incluso la estructura familiar son algunos de los factores que dependen de la relación salarial estable de, al menos uno, de los miembros de la familia” (Pérez, 2001).

Esta situación puede enmarcarse en el panorama de las diferentes realidades presentadas en Castel (1997), afincadas en una nueva situación producida por la precariedad laboral y relacional. Castel señala tres zonas de organización o de cohesión social: una zona de integración, que delimita lo que podíamos llamar la sociedad “normal”; una zona de vulnerabilidad, representada por la precariedad laboral y la debilidad de los lazos relacionales; y una zona de exclusión, dotada de gran marginalidad y de desafiliación. Castel opina que una característica significativa de la situación actual es el desarrollo de la vulnerabilidad, el ensanchamiento del límite entre la integración y la exclusión, provocado por la precarización laboral y que a su vez causa situaciones de inestabilidad en ciertos grupos sociales tales como los jóvenes, las personas con escasa educación, los mayores de 40 años, las minorías étnicas, o los inmigrantes. Asimismo, señala que se está produciendo una “desestabilización de los estables” debida a la entrada en situaciones de precariedad de una parte de la población anteriormente integrada. Entre esas zonas hay lugares compartidos, fronteras porosas que por medio de la transición o la ruptura posibilitan el paso tanto hacia la exclusión como hacia la inclusión.

A estos procesos, ya analizados en la literatura reciente, deben sumarse los efectos de la actual crisis laboral, que está causando situaciones de erosión social en torno al desempleo de larga duración. La reflexión sobre los factores de riesgo de exclusión del empleo, entendida

como falta de empleo y también como precariedad en el mismo, constituye una línea subyacente en el análisis que aquí desarrollamos.

Es por ello que, como punto de partida, queremos detenernos en algunos elementos clave en relación a la evolución del mercado de trabajo. Nos centraremos aquí en el análisis, a partir de diversas fuentes, de cuestiones claves vinculadas a la exclusión del empleo a partir de una doble vertiente: relación con la actividad (desempleo, inactividad y ocupación) y calidad del empleo. Las tendencias que aquí se presentan nos remiten a la separación entre el segmento primario y el segmento secundario de nuestro mercado de trabajo y, sin ninguna duda, a la existencia de una importante bolsa para la exclusión del empleo. Aún es más, entendemos que pueden afectar en mayor medida a colectivos de especial vulnerabilidad en el mercado de trabajo como pueden ser las mujeres, los jóvenes, la población extranjera y las personas que ocupan el espacio social de la exclusión. Es por ello que consideramos que este representa un importante punto de partida para el análisis de la relación entre el empleo y la exclusión social.

En primer lugar, no podemos dejar de constatar la notable reducción de personas ocupadas, y el consiguiente aumento del desempleo que las estadísticas oficiales registran insistentemente y que también se ve reflejada en la declaración de las personas entrevistadas en las Encuestas Foessa. Obviamente este es un factor de primer orden a la hora de ver cómo ha afectado eso a los procesos de exclusión social.

La tendencia es la misma si observamos los resultados de las Encuestas Foessa que si atendemos a la Encuesta de Población Activa, aunque la primera tiende a clasificar menos personas ocupadas e inactivas y más como paradas, ya que se basa preferentemente en la autopercepción de la persona encuestada. Nótese que el nivel de actividad requerido por la EPA para identificar a una persona como ocupada es muy reducido (2 horas en la semana anterior) y también es más exigente en cuanto a la búsqueda activa y la disponibilidad inmediata para el empleo.

Los datos evidencian la ya conocida pérdida brutal de empleo en el mercado de trabajo español, que ha ido acompañado de un desmedido aumento del desempleo. Esta cuestión no resulta novedosa ya que, como señalan diversos autores, las sucesivas crisis por las que ha atravesado España han estado caracterizadas por un importante volumen de pérdida de empleo y por el mantenimiento durante largos periodos de tiempo de tasas de desempleo muy superiores a los de la media Europea (Garrido, 2010). Esta crisis ha supuesto la aparición de un fuerte desempleo cíclico que se une a las altas tasas de desempleo estructurales que deben ser relacionadas con las altas tasas de rotación en los puestos de trabajo y la alta temporalidad que caracterizan al mercado de trabajo español y que la población en situación de exclusión sufría y sufre de especial manera. Es decir, ha supuesto la intensificación de tendencias ya existentes (Zugasti, 2014).

Tabla 1. Distribución de la población de 16 a 64 años según su situación en relación al empleo

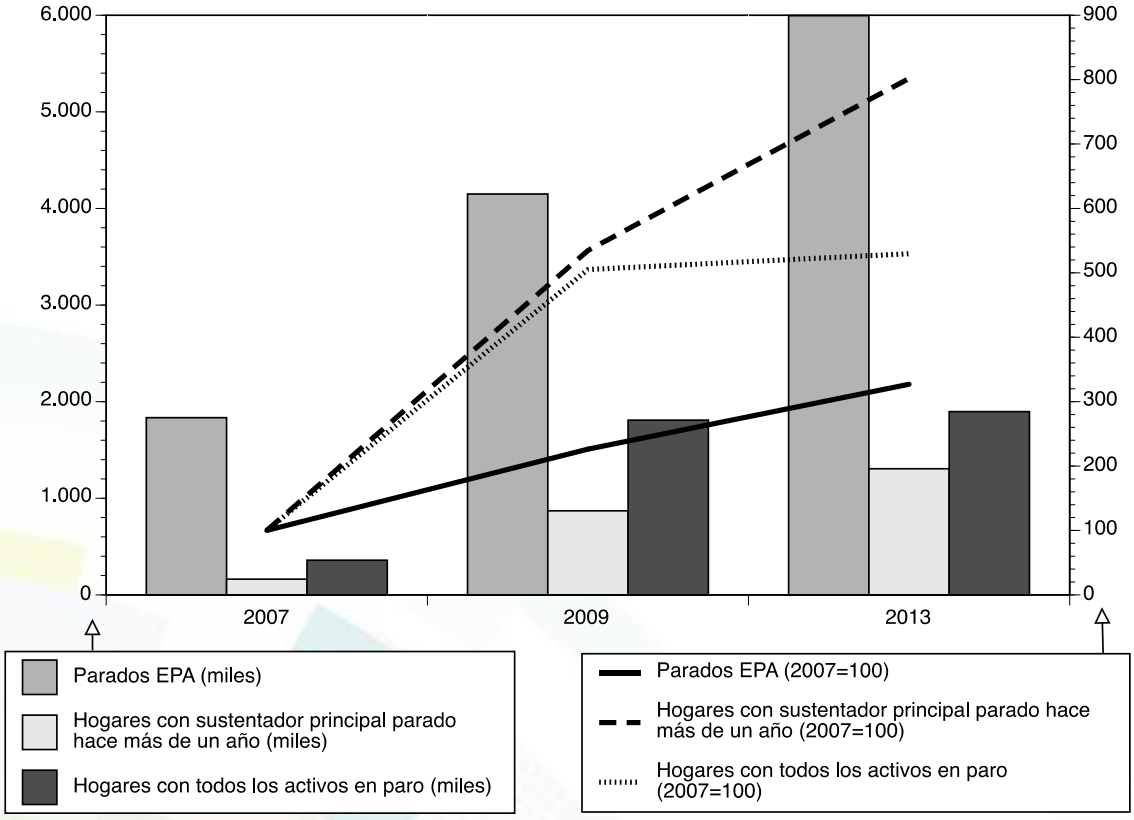
	EINS			EPA		
	2007	2009	2013	2007	2009	2013
Ocupados	61,8	52,7	48,5	66,8	60,8	55,1
Parados	6,6	18,2	25,2	5,8	13,4	19,8
Inactivos	22,4	20,8	17,8	27,4	25,8	25,1
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: EINSFF y EPA (INE)

Sin embargo, existen algunos mecanismos de compensación como la extensión de los sistemas de desempleo o la distribución del riesgo de desempleo dentro del hogar, que se concentra tradicionalmente en individuos distintos del sustentado principal, y que restan valor a

indicadores como la tasa de paro para valorar el impacto de la crisis sobre la desigualdad social, la pobreza y la exclusión social. La relación entre desempleo y exclusión es estrecha pero no directa (Pérez, 2010; Gallie y Paugam, 2000). Es por ello que se hace necesario recurrir al análisis de la concentración de ciertas situaciones vinculadas al desempleo en los hogares. Contemplando la incidencia del desempleo en el conjunto del hogar es cuando podemos identificar las situaciones de "exclusión del empleo". Queremos destacar en este marco que estamos asistiendo a un crecimiento vertiginoso tanto de la proporción de hogares cuyo sustentado principal está en paro como del desempleo total familiar. Ello queda reflejado en el gráfico 1.

Gráfico 1. Evolución del desempleo y de su incidencia en los hogares



Fuentes: EINSFF y EPA (INE)

Además de todo ello, en las últimas décadas hemos asistido a un proceso de fragilización del empleo. En España la precariedad se refleja en los altos niveles de temporalidad y trabajo sumergido que han adquirido un carácter estructural que redunda en que determinados colectivos se encuentren vinculados de manera continuada a este tipo de empleos (Laparra y Pérez, 2008). Abordamos a continuación estas dos cuestiones.

El fenómeno de la temporalidad (los contratos de duración determinada) ha alcanzado cotas muy superiores a las de países de nuestro entorno. "Si se puede sospechar (…) que cada país tiene su modelo de empleo atípico, el español se caracteriza sobre todo por el desarrollo del trabajo temporal" (Cachón, 1995). La extensión de contratación temporal ha sido durante años una clave del proceso precarizador del trabajo en España (Llorente, 2013).

Sin embargo, durante la crisis se ha producido un descenso de la proporción de personas empleadas bajo contratos temporales. Ello queda reflejado en la tabla 2. Esta representa una aproximación que debe tomarse con prudencia ya que englobamos como estables también a trabajadores autónomos que, si bien muestran una situación marcadamente diferente de la

población asalariada con contratos temporales, han asistido a un proceso de fragilización de su relación con la actividad. El aumento de la proporción del empleo estable debe ser leída con esta clave: es el empleo temporal el más afectado por la destrucción de empleo (se reduce en 7,3 puntos entre 2007 y 2013).

Son diversos los estudios que señalan que los puestos precarios, temporales (con menores costes de despido), no cualificados y las contrataciones a jornada parcial han sido los más afectados por la destrucción de empleo (Leschke, 2010). Esta situación, como veremos a continuación, supone un factor que complica la situación de multitud de personas, pero especialmente de los sectores excluidos de la sociedad que son quienes en mayor medida se insertan en los puestos precarios del mercado de trabajo. Implica además un corte a las trayectorias laborales de colectivos como los jóvenes, sobre-representados en puestos como los temporales. Ello supone un cuestionamiento de la igualdad de oportunidades en el mercado de trabajo, de las posibilidades de promoción y del desarrollo de las carreras profesionales de los individuos, elementos todos ellos vinculados a la movilidad laboral ascendente (Giddens, 1991; Artiles et al., 2011).

Tabla 2. Distribución de la población ocupada según su situación laboral

	2007	2009	2013
Estable	72,6	78,1	80,3
Temporal	26,2	21,0	18,9
Otras situaciones	1,1	0,9	0,8
Total	100,0	100,0	100,0

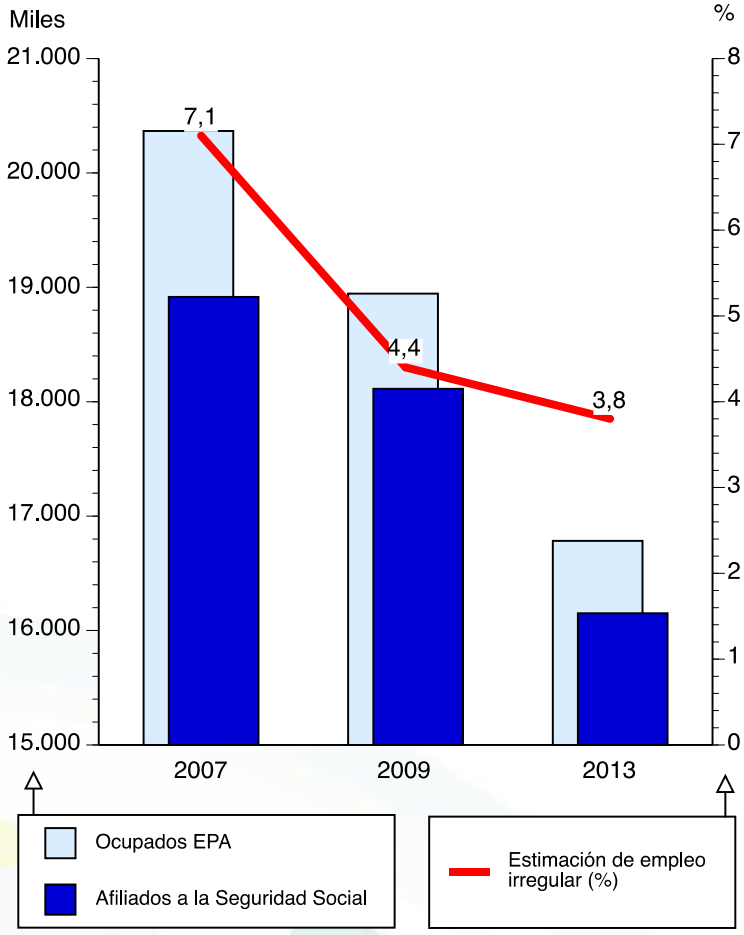
Fuente: EPA (INE)

Podemos decir entonces que estamos asistiendo a una pérdida de capacidad de negociación sobre sus condiciones de trabajo de la población general. Ello podría dar lugar a una rebaja brutal de la línea por debajo de la cual se considera un empleo como inaceptable. En este marco, toma relevancia el debate sobre la evolución de empleo irregular.

Estudios como el de Scheneider (2010) han señalado que en el nivel europeo se observa una tendencia a la reducción de la economía sumergida desde finales de los años 90 hasta el año 2008. Sin embargo, en un contexto de crisis económica se habría producido un repunte de la misma. Es decir, en periodos donde las dificultades económicas se agravan, las personas tendrían más incentivos para acudir a este tipo de transacciones. Además, autores como Afama y Obrador (2006) vinculan la alternancia de empleos irregulares, precarios o actividades ilegales con el uso de dispositivos institucionales de inserción social como estrategias de supervivencia de hogares en exclusión. El recurso al empleo irregular puede aparecer como una opción para aquellas personas que experimentan situaciones de precariedad social.

Cabría pensar entonces que en un periodo de crisis aumentan los incentivos para ocultar los ingresos derivados del trabajo y que ésta es una estrategia plausible para la supervivencia de determinados grupos sociales. Sin embargo, los datos que aquí se presentan corroboran la ya constatada reducción de este tipo de empleos en el marco español (Sánchez, 2011). Este es un fenómeno complejo de abordar y de medir. Podemos estar asistiendo a una pérdida de empleo irregular en algunos sectores como la construcción que se combine con el mantenimiento en otros, como algunas ramas de servicios (Sánchez, 2011). Aun así, y teniendo en cuenta las dificultades metodológicas de aproximación al fenómeno que nos ocupa, lo que queda claro es que este último recurso de subsistencia tampoco parece ser abundante en el actual contexto. Entre 2007 y 2013 se ha reducido a la mitad la proporción de empleos irregulares, pasando de representar el 7,1% sobre el total de empleo a ser un 3,8%.

Gráfico 2.Estimación del empleo irregular



Fuentes: EPA y Afiliados y ocupados a la Seguridad Social. Instituto Nacional de Estadística y Ministerio de Empleo y Seguridad Social.

Las altas tasas de paro combinadas con la fuerte presencia de empleos precarios se relacionan con los amplios niveles de segmentación que presenta el mercado de trabajo español y que pueden redundar en dificultades para la integración laboral de los sectores más vulnerables de la sociedad española. Además, debemos tener en cuenta que la crisis económica ha supuesto un importante cambio por el lado de la demanda del mercado de trabajo. Hemos asistido a una fuerte destrucción de empleos, también de los que se desarrollaban en situaciones de irregularidad, en los que la población en situación de exclusión se inserta, como veremos a continuación, en mayor medida. Ello supone, sin duda, un importante caldo de cultivo para la intensificación de los procesos de exclusión del empleo que ahora analizaremos.

3. La exclusión del empleo implica un mayor riesgo de exclusión en otros ámbitos

Partiendo de este marco, resulta relevante poner de manifiesto, ya en este punto del documento, la relación entre el empleo, o más bien el desempleo y el empleo precario, con la exclusión social.

El desempleo se asocia directamente a los procesos de exclusión en muchos hogares: el 75,6% de los hogares encabezados por una persona desempleada están afectados por la exclusión social y el índice de exclusión es 4 veces mayor que cuando el sustentador principal está trabajando. Aún sin que tenga por qué ser el sustentador principal, la presencia de una persona desempleada en el hogar aumenta la proporción de hogares excluidos hasta llegar al 43,6%. Atendiendo al conjunto de la población, la mitad de los desempleados están excluidos y 4 de cada 10 personas excluidas están paradas.

El impacto del desempleo en el espacio social de la exclusión no se entiende en términos de extensión relativa (no es que las personas desempleadas estén ahora más expuestas a la exclusión social: siguen siendo 3 de cada 4 de los hogares encabezados por una persona desempleada y aproximadamente la mitad del total de las personas desempleadas, prácticamente igual durante todo el periodo) sino en términos de intensidad (el 37% de los hogares encabezados por un desempleado están en situaciones de exclusión severa, 15 puntos más que en 2007) y sobre todo en términos absolutos, porque ahora hay muchos más hogares afectados por el desempleo. Como resultado de todo ello, el 38,6% de los hogares excluidos está encabezado por una persona desempleada, bastante más del doble que en 2007, y en 6 de cada 10 hogares excluidos hay alguien desempleado (el triple que en 2007). En las situaciones de exclusión severa la presencia de este tipo de hogares todavía es más relevante (el 46,8% de los hogares en exclusión severa están encabezados por una persona desempleada, 3 veces más que en 2007).

Pero el acceso o el mantenimiento del empleo tampoco ha impedido una mayor incidencia de los procesos de exclusión social que se desarrollan en muy diversas dimensiones. El contexto de crisis laboral se ha traducido en una reducción del poder de negociación de los trabajadores, que están asistiendo a una precarización de las condiciones en las que desarrollan su actividad. Los hogares en los que la persona sustentadora principal está trabajando han experimentado un aumento de la exclusión de 4 puntos. En el conjunto de los trabajadores ocupados, la tasa de exclusión ha ascendido al 15,1%. Ahora, en la mitad de los hogares excluidos, y en 4 de cada 10 hogares en exclusión severa, hay alguna persona ocupada, algo que en sí mismo no parece suficiente para superar estas situaciones más problemáticas.

Más allá de estos datos que nos muestran la clara relación entre desempleo y exclusión y que apuntan ya a la pérdida de capacidad integradora del empleo, pretendemos mostrar ahora la incidencia de la exclusión del empleo en otras dimensiones de la exclusión, ver cuáles son las dimensiones más afectadas. La propuesta de análisis parte de la ya desarrollada concepción multidimensional de la exclusión social y entiende que el análisis de las interrelaciones es necesario para una mejor comprensión de las dinámicas y la articulación de los distintos procesos de exclusión.

En la tabla 3 puede verse cómo la incidencia de los distintos procesos de exclusión social es notablemente mayor en los hogares afectados por los procesos de exclusión del empleo. No pretendemos establecer aquí una relación de causa efecto, ya que todos estos procesos están fuertemente interrelacionados y los procesos causales son de ida y vuelta en la realidad. Sin embargo, sí podemos ver la clara asociación existente entre las distintas dimensiones de la exclusión que aquí reflejamos.

Las personas excluidas del empleo se encuentran más afectadas que el resto de hogares por la exclusión en el resto de esferas. Valga de ejemplo la situación en relación a la vivienda. En 2013, el 38,3% de los hogares excluidos del empleo se encontraban excluidos en dicha esfera. La cifra se encuentra 19,5 puntos por debajo a la correspondiente al resto de hogares. Es precisamente aquí donde se registra el mayor diferencial entre los hogares excluidos del empleo y el resto.

Se registra también un crecimiento de las situaciones de conflicto social entre los hogares excluidos del empleo (y el aumento de las diferencias con el resto de hogares), una tendencia especialmente delicada que puede disparar la intensificación de ciertas situaciones de exclusión en el futuro. Ahora, la incidencia de este tipo de problemáticas en las relaciones sociales es ya casi tres veces mayor entre los hogares excluidos del empleo.

A la vista de los datos cabe deducir que la exclusión del empleo tiene un claro impacto en otras dimensiones de la exclusión. La incidencia es el doble en muchos ámbitos entre los hogares afectados por el desempleo de exclusión. Especialmente destaca el impacto en la exclusión del consumo, como cabía esperar, con una incidencia relativa casi cinco veces mayor en los hogares afectados por la exclusión del empleo y que incluso ha ido en aumento (al prolongarse también la duración de las situaciones de desempleo y precariedad laboral). La escasa incidencia de la exclusión del empleo en los procesos de aislamiento social se explica porque los grupos afectados por este tipo de problemas (preferentemente personas mayores) se encuentran ya fuera del mercado de trabajo y por tanto al margen de los procesos de exclusión del empleo, tal como los hemos definido aquí.

Observamos también que el ensanchamiento del desempleo y el deterioro del mercado de trabajo han provocado una extensión de los procesos de exclusión social hacia sectores que hasta ahora no se habían visto afectados. Estamos asistiendo a una prolongación de los problemas sociales en otros ámbitos, pero no por que se hayan reforzado las relaciones causales con las otras dimensiones. Incluso la incidencia relativa en los hogares excluidos del empleo respecto del resto disminuye en ciertos casos debido a la amplia “normalización” de las situaciones de desempleo. La disminución de las desigualdades en cuanto a las problemáticas de vivienda y de salud apunta en este mismo sentido: la expansión del desempleo hacia amplios sectores de la población.

Tabla 3. Incidencia de otros procesos de exclusión social en los hogares excluidos del empleo y en el resto de los hogares (% e incidencia relativa)

	2007		2013		Incidencia relativa en los excluidos del empleo	
	Excluidos del Empleo	Resto	Excluidos del Empleo	Resto	2007	2013
	(a)	(b)	(c)	(d)	(a/b)	(c/d)
Exclusión del consumo	6,4	1,5	12,2	2,6	4,27	4,69
Exclusión política	28,7	10,3	18	10	2,79	1,80
Exclusión de la educación	13,2	10,1	8,8	7,8	1,31	1,13
Exclusión de la vivienda	47,3	15,1	38,3	18,8	3,13	2,04
Exclusión de la salud	22,8	9,6	28,4	13,1	2,38	2,17
Conflicto social	8,4	4,4	9,6	3,4	1,91	2,82
Aislamiento social	7,1	7,9	3,9	7,1	0,90	0,55

Fuente: EINSFF

Resulta también interesante realizar la lectura inversa. Mostramos a continuación la incidencia de la exclusión del empleo en otras dimensiones de la exclusión (Tabla 4). Pretendemos así mostrar la intensificación de las dificultades asociadas a la pérdida del empleo.

Podemos afirmar que la exclusión del empleo tiene un claro impacto en otras dimensiones de la exclusión. Como es obvio, se relaciona con una merma de los ingresos del hogar. Es por ello que encontramos una sobre-representación de hogares excluidos del empleo dentro del colectivo de excluidos del consumo. En 2013, el 71% de las hogares excluidos del consumo estaban además excluidos del empleo (casi 27 punto más que en 2007).

En lo que al eje político de la ciudanía se refiere, la situación es igualmente preocupante. El 48,4% de los hogares excluidos de la dimensión política sufren también una exclusión del empleo. Frente a este dato, cabe señalar que el 32,2% de los hogares integrados en la dimensión política sufren exclusión del empleo. Las diferencias entre ambos grupos se sitúan, por tanto, en los 16,2 puntos.

La exclusión del empleo impacta también claramente en dimensiones vinculadas a derechos sociales básicos. En 2013, el 37,2% de los hogares excluidos en educación, el 51,5% de los excluidos en la vivienda y el 53% de los excluidos en salud estaban además alejados del marco de la integración en el empleo. Asimismo, cabe destacar que la exclusión del empleo se vincula a un mayor conflicto social en el hogar.

Tabla 4. Incidencia de la exclusión del empleo en las diferentes dimensiones de la exclusión (Análisis de hogares)

		Exclusión del empleo	
		2007	2013
Consumo	Excluidos del consumo	44	71
	Resto	15,2	32
Política	Excluidos de la política	34,4	48,4
	Resto	13	32,2
Educación	Excluidos de la educación	19,8	37,2
	Resto	15,4	34
Vivienda	Excluidos de la vivienda	37	51,5
	Resto	10,5	28,4
Salud	Excluidos de la salud	31	53
	Resto	13,9	30,1
Conflicto Social	Hay conflicto social	26,2	59,2
	Resto	15,3	32,8
Aislamiento Social	Hay aislamiento social	14,6	22,4
	Resto	16	35

Fuente: EINSFF

Queda clara entonces la interrelación de las dimensiones. La experimentación de situaciones vinculadas a la exclusión del empleo en los hogares se relaciona con dificultades acumuladas en otras esferas, es decir, con una mayor exclusión en las diferentes dimensiones analizadas. La vivencia de situaciones de exclusión del empleo implica entonces un mayor riesgo de encontrarse en situaciones de dificultad en el área económica, en la política (ciudadanía) y también en el plano social. Sin embargo, los datos muestran una lectura complicada, de ida y vuelta.

4. Una distribución desigual del impacto de la crisis en el empleo

Más allá de estas cifras generales, como vienen constatando diversos estudios, los efectos de la crisis económica y del empleo no han tenido una distribución equitativa entre los diferentes estratos y grupos sociales (Garrido, 2010; Zugasti, 2013). Como hemos comentado, los puestos temporales y no cualificados, han sido los primeros en desaparecer y en ellos se encontraban sobre-representados jóvenes, población extranjera y en personas en situación de exclusión. De manera paralela, el desempleo ha crecido rápidamente en estos grupos sociales.

Los datos de la tabla 5 muestran, en primer lugar, un crecimiento vertiginoso de la incidencia de la exclusión del empleo en los hogares. Esta exclusión, que tiene en cuenta la concentración de la precariedad, el desempleo y la falta de ingresos, afecta preferentemente a los hogares encabezados por mujeres a lo largo del periodo analizado. Es destacable asimismo, que las mayores diferencias entre hombres y mujeres se establecen en el año 2013. Esto se debe no tanto a las diferencias en la concentración del desempleo en estos núcleos sino a la mayor incidencia de la precariedad en los hogares sustentados por mujeres.

Se ha producido todo un vuelco en relación a la edad del sustentador principal. Si bien con anterioridad a la crisis, la exclusión del empleo afectaba en mayor medida a los hogares encabezados por personas de entre 45 y 64 años, con el avance de la misma, registramos una relación entre la juventud de la persona principal y la incidencia de este fenómeno. En 2013, el 44,5% de los hogares encabezados por personas menores de 29 años se encontraban excluidos del empleo frente al 15,4% registrado en 2007. Como hemos comentado, la destrucción de empleo en España se ha centrado en puestos vulnerables en los que las personas jóvenes se encontraban sobrerrepresentadas. Es decir, actualmente esta población sufre tanto la epidemia del desempleo como la de la precariedad. Sin embargo, como veremos a continuación, parece haber otras claves interpretativas en este análisis. El análisis de regresiones nos muestra que una vez descontada la influencia de otras variables como el nivel educativo, son las personas de entre 30 y 44 años las que más probabilidades tienen de estar excluidas del empleo.

La exclusión del empleo ha afectado a todos los niveles educativos, pero más a los niveles intermedios. Este resultado da cuenta pues de la extensión de trayectorias descendentes en términos de empleo, que antes de la crisis eran protagonizadas por personas con niveles educativos preferentemente bajos. Este dato puede resultar, a primera vista, sorprendente si lo analizamos en el marco de las teorías del capital humano que vinculan el nivel educativo con los logros en el mercado de trabajo. Sin embargo, debemos señalar que el cambio se debe en parte a la incidencia del desempleo en los jóvenes que presentan un mayor nivel educativo que los grupos de más edad (aunque también a la extensión del desempleo a amplios sectores sociales). El análisis multivariable pone de manifiesto que, descontando la influencia de la edad, a menos estudios, más exclusión del empleo. Las personas analfabetas tienes más del

doble de posibilidades de estar excluidas del empleo que el grupo de referencia, las personas con estudios universitarios.

La variable étnica muestra una clara relación con la exclusión del empleo. Son los hogares encabezados por personas gitanas o inmigrantes quienes muestran una mayor incidencia de la exclusión del empleo. Destaca asimismo el brutal impacto de este fenómeno en los hogares monoparentales, con algún menor o con algún joven.

Más allá de la incidencia diferencial en cada grupo, el perfil mayoritario de los hogares excluidos del empleo es una cuestión relevante desde el punto de vista del diseño de estrategias y políticas de empleo. En el año 2013, el perfil se corresponde con el de hogares sustentados por varones, de 45 a 64 años, con un nivel educativo medio-bajo (secundaria obligatoria), de nacionalidad española y que además se encuentra trabajando.

Tabla 5. Incidencia de la exclusión del empleo por 100 hogares de cada grupo y distribución del total de hogares afectados según características del hogar (%)

		2007		2009		2013	
		Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución
Sexo del sustentador principal	Varón	15,4	71,5	23,5	72,9	33,5	65,3
	Mujer	17,1	28,5	24,2	27,1	35,8	34,7
Edad del sustentador principal	menos de 29 años	15,4	9,3	37,4	10,0	44,5	8,5
	de 30 a 44 años	16,1	30,6	30,2	34,3	42,6	30,3
	de 45 a 64 años	18,3	42,0	29,6	44,0	42,3	48,7
	más de 65 años	12,0	18,2	8,8	11,7	14,4	12,5
Estudios del sustentador principal	Ni lee ni escribe	45,5	1,8	26,1	2,9	33,8	2,4
	Sin enseñanza obligatoria	21,5	39,8	21,3	30,2	30,1	23,4
	Secundaria obligatoria	13,6	20,0	30,0	36,6	41	38,5
	Secundaria post-obligatoria	14,1	22,6	24,7	23,6	33,7	25,5
	Enseñanza superior	11,9	15,8	13,0	6,7	26,3	10,2
Ocupación del sustentador principal	Trabajando	14,5	62,2	19,1	40,0	30,4	44,1
	Desempleo	97,0	19,0	99,7	39,9	99	32,3
	Pensionista	7,2	9,6	9,2	10,2	16	12
	Otras situaciones	14,3	9,2	16,1	10,0	29,6	11,5
Composición del hogar	Hogar monoparental	24,4	16.6	43,8	21,6	47,2	19,6
	Hay algún anciano	14,1	27,6	11,5	18,3	16,3	16,5
	Hay algún menor	18,6	34,8	33,0	38,3	49	41,2
	Hay algún joven 18-24	23,2	28,4	43,5	32,4	55,8	33,8
	Hay algún ocupado	14,5	64,4	21,4	54,3	33,1	60,6
	Hay algún parado	93,2	38,5	97,1	79,7	91,2	80,1
	Hay algún discapacitado	14,3	10,6	26,6	16,3	31,5	16,2
Nº de miembros en el hogar	Persona sola	15,2	18,5	11,2	8,8	16,9	9,6
	De 2 a 4 miembros	15,8	74,3	23,6	72,8	36,1	77,1
	5 y más miembros	18,2	7,2	51,5	18,4	62,5	13,3
Tres grupos étnicos	Todos españoles o de EU15	13,0	71,4	19,6	72,9	30,6	79,1
	Algún extranjero (noEU15)	28,6	20,6	51,2	23,5	59,3	15,9
	Gitanos españoles	68,7	8,0	63,3	3,6	72,9	5,1
Tamaño de Municipio	Más de 100.000 hab	17,7	46,7	26,4	50,9	37,4	49,2
	Entre 50.000 y 100.000	13,4	8,5	22,2	11,7	30,2	10,2
	Entre 20.000 y 50.000	15,2	20,2	20,5	13,5	37,9	17
	Entre 5.000 y 20.000	12,5	14,3	24,2	15,9	31,7	14,7
	Menos de 5.000	18,4	10,3	18,2	8,0	25,3	8,9
Total		15,8	100	23,7	100	34,3	100

Fuente: EINSFF

Tabla 6. Asociación de distintas características de los hogares con los procesos de exclusión del empleo (análisis de hogares). Año 2013.

	2013	
	Sig.	Exp(B)
Sexo del sustentador principal (Ref.: Mujer)	,203	,884
Edad del sustentador principal (Ref.: Más de 65)	,000	
Menos de 30 años	,002	2,444
De 30 a 44 años	,000	3,008
De 45 a 64 años	,003	1,985
Estudios del sustentador principal (Ref.: Diplomado o licenciado superior)	,001	
Ni lee ni escribe	,001	2,300
Inferior a Graduado Escolar o ESO	,016	1,423
Graduado Escolar o en ESO, Bachiller elemental	,002	1,499
BUP,FPI, FPII, Bachiller LOGSE, o superior	,515	1,093
Ocupación del sustentador principal (Ref.: otras situaciones)	,000	
Trabajando	,003	,599
Buscando empleo	,000	19,709
Percibía Pensión de jubilación/ingresos prejubilación	,016	,718
Hogar monoparental	,000	,428
Hay algún anciano	,000	2,048
Hay algún menor	,339	,903
Hay algún joven 18-24	,000	,636
Hay algún ocupado	,000	4,185
Hay algún parado	,000	,013
Hay algún discapacitado	,552	1,066
Nº de miembros en el hogar (Ref.: 5 o más miembros)	,011	
Persona sola	,465	,854
De 2 a 4 miembros	,021	,679
Etnia (Ref.: Gitanos españoles)	,000	
Todos españoles o de EU15	,000	,190
Algún extracomunitario o de EU12 ampliación	,027	,559
Tamaño municipio (Ref.: menos de 5000)	,765	
Más de 100.000	,971	1,005
Entre 50.000 y 100.000	,635	,925
Entre 20.000 y 50.000	,354	,865
Entre 5.000 y 20.000	,829	,967
Constante	,000	36,082

Fuente: EINSFF

5. Exclusión social y exclusión del empleo. Evidencias a partir del análisis de la precariedad y el desempleo

Dentro de los procesos de exclusión social en el complejo ámbito del empleo, en el mercado de trabajo, cabe distinguir dos aspectos esenciales. En primer lugar las situaciones en las que los hogares se ven excluidos de participar en la actividad productiva general. En segundo lugar, aquellas situaciones en las que esta participación se produce en condiciones tales de precariedad laboral que no permiten construir procesos positivos de integración social. Es por ello que interesa tanto el estudio de la concentración del desempleo en los hogares pero también de la precariedad. Veremos por ello cómo trabajan los sectores excluidos a partir de variables claves vinculadas a la calidad del empleo y siempre manteniendo la comparativa con la población integrada.

5.1. La concentración del desempleo en los hogares aumenta

Las situaciones de paro, especialmente si es la persona principal la que se encuentra en desempleo, impactan claramente en el escenario general del hogar. Se vinculan a una merma de los ingresos del mismo. Los periodos cortos de desempleo son más fácilmente compensables pero si la situación se prolonga puede dar lugar a dificultades acumuladas como pueden ser la implementación de privaciones y ajustes de diverso tipo con una clara incidencia en la vida de los hogares. Es por ello que resulta alarmante el crecimiento del número de hogares con el sustentador principal en desempleo de larga duración. En 2013, el 7,5% de los hogares españoles se encontraban en esta situación. Es decir, la cifra ha aumentado en 6,5 puntos en 6 años.

La situación en lo que a los indicadores que dan cuenta de la combinación de situaciones de los miembros del hogar son igualmente alarmantes. Los hogares con todos sus miembros no ocupados y que además no reciben prestaciones contributivas ha aumentado un 59%. En esta misma línea, es destacable que el 10,9% de los hogares españoles se encuentran con todos sus miembros en desempleo. Por último, debemos señalar la importancia en términos numéricos de los hogares con al menos una persona desempleada que no ha recibido formación ocupacional en el último año, cuestión que reduce su empleabilidad. El 27,6% de los hogares españoles se encuentran en esta situación.

Podemos decir, por tanto, que la concentración del impacto del desempleo en un sector de hogares más vulnerables ha tenido un efecto intensificador de las consecuencias sociales de esta crisis de empleo: mientras las tasas desempleo individuales se multiplicaban por 3 (algo ya en sí mismo bastante espectacular) el impacto en los hogares se multiplicaba por 5 o por 8 según los indicadores en los que nos fijemos.

Tabla 7. Hogares con dificultades vinculadas al desempleo y personas que viven en hogares con dificultades vinculadas al desempleo

	Hogares			Personas		
	2007	2009	2013	2007	2009	2013
Hogares cuyo sustentador principal está en paro desde hace un año o más	1,0	5,1	7,5	1,1	6,0	9,2
Hogares sin ocupados, ni pensionistas contributivos, ni de baja, ni con prestaciones contributivas por desempleo del INEM	4,9		7,8	4,7		7,6
Hogares con personas en paro y sin haber recibido formación ocupacional en el último año	6,9	21,0	27,6	8,7	27,1	36,0
Hogares con todos los activos en paro	2,2	10,6	10,9	2,3	11,6	12,3

Fuente: EINSFF

Más allá de las grandes cifras, nos interesa también ver aquí las características de los hogares afectados por el desempleo. Como es sabido, la distribución de los efectos de la destrucción de empleo no ha sido homogénea. Ésta se ha concentrado, especialmente en la primera fase de esta crisis, en sectores fuertemente masculinizados, como es la construcción. Ello ha tenido una traslación en los hogares. Si bien los encabezados por varones partían de una situación cercana a la de los sustentados por mujeres en relación a la incidencia del paro de larga duración, la crisis ha redundado en que las diferencias por sexo se acrecienten. Ha hecho que los hogares encabezados por varones experimenten una situación comparativamente peor. En 2013, el 8,2% de estos hogares tenían a su sustentador principal en paro y el 11,1% a todos sus miembros en paro. Estas son cifras que se encuentran por encima a las correspondientes a los encabezados por mujeres (5,8% y 10,6% respectivamente). Sin embargo, como veremos, el panorama es diferente si nos centramos en cuestiones vinculadas a la precariedad, donde las mujeres y los hogares que encabezan salen desfavorecidos.

Destaca la situación de especial dificultad de los hogares sustentados por personas de entre 30 y 44 años que, en 2013 muestran una mayor incidencia del desempleo total familiar y del paro de larga duración. Sin embargo, una vez aislado la influencia de otras variables como por ejemplo la edad, el análisis de regresiones nos muestra que a mayor edad del sustentador principal, mayor es la probabilidad de que éste se encuentre en una situación de desempleo de larga duración. Encontramos la situación inversa en relación al desempleo total familiar. Ello debe vincularse a la composición de los núcleos familiares, a la ocupación de otros miembros como pueden ser los hijos residentes en el hogar.

En el periodo anterior a la crisis, la incidencia del paro de larga duración en el sustentador principal era mayor cuando menor era el nivel formativo. En el último año analizado observamos una extensión de este fenómeno a los niveles educativos medios. Sin embargo, el análisis de regresiones nos muestra que una vez que hemos controlado por la variable edad, son las personas de nivel educativo bajo quienes más probabilidades tienen de encontrarse en esta situación. El riesgo es 3 veces mayor que el del grupo de referencia, las personas con estudios superiores. Son los núcleos encabezados por estas personas (diplomado o licenciado superior) los que tienen un menor riesgo de tener al sustentador principal en una situación de desempleo de larga duración. Asimismo, a menor nivel formativo del sustentador principal, mayor es el riesgo de que todos los miembros del hogar se encuentren parados.

La situación resulta especialmente preocupante en los hogares monoparentales, con menores, jóvenes y de más de 5 miembros, que muestran una mayor incidencia que el conjunto de la población tanto del desempleo de larga duración del sustentador principal como del desempleo total familiar. Esta última cuestión impacta además de especial manera en los hogares en los que hay algún discapacitado. Sin embargo, debemos señalar en relación a la concentración del desempleo en los hogares con discapacitados y monoparentales, que no es una situación

nueva. Ya experimentaban una situación de desventaja con anterioridad a la crisis en relación al desempleo total familiar. La crisis ha supuesto un empeoramiento del contexto ya pre-existente en estos entornos especialmente vulnerables.

Asimismo, la variable étnica sigue poniendo de manifiesto la fuerte discriminación y vulnerabilidad que experimentan tanto la población gitana como la extranjera. Si bien siguen siendo los gitanos españoles quienes muestran una peor situación, resulta dramática la evolución experimentada por el colectivo extranjero. La incidencia del desempleo de larga duración de la persona principal en los hogares encabezados por extranjeros se ha multiplicado por 46 en el periodo analizado. Podemos decir entonces que la crisis está suponiendo la ruptura con algunos de los logros de integración conseguidos en el periodo de bonanza en relación al colectivo inmigrante.

Tabla 8. Incidencia del paro de larga duración en el sustentador principal y del desempleo total familiar por 100 hogares de cada grupo y distribución del total de hogares afectados según características del hogar (%)

		Desempleo total familiar				Paro de larga duración en el sustentador principal			
		2007		2013		2007		2013	
		Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución
Sexo del sustentador principal	Varón	2,3	79,2	11,1	67,6	1	75	8,2	77,1
	Mujer	1,7	20,8	10,6	32,4	1	25	5,8	22,9
Edad del sustentador principal	menos de 29 años	2,1	9,7	12,2	7,3	0,3	3,1	8,1	7,4
	de 30 a 44 años	2,1	30,6	12,8	28,7	0,9	28,1	10,3	36,2
	de 45 años o más	2,2	59,7	10,1	63,9	1,2	68,8	6,3	56,4
Estudios del sustentador principal	Ni lee ni escribe	18,2	5,9	15	3,4	5,9	3,3	5,6	1,5
	Sin enseñanza obligatoria	3,4	45,6	12	29,7	2	56,7	6,3	20,7
	Secundaria obligatoria	2,3	23,5	13,7	40,2	1,3	30	10,9	47
	Secundaria post-obligatoria	1,7	20,6	8,3	19,6	0,4	10	6	22,1
	Enseñanza superior	0,4	4,4	5,8	7,1			4,6	8,6
Composición del hogar	Hay núcleo monoparental	2,5	11	18,8	24,2	0,6	6,3	9,2	16,2
	Hay algún anciano	3,1	44,6	7,2	23,4	1,6	46,9	1	4,4
	Hay algún menor	2,2	28,4	15,1	39,2	0,8	25	13,4	54,8
	Hay algún joven 18-24	1,3	10,8	13,5	25,1	0,9	18,8	11,9	34,5
	Hay algún ocupado					0,4	28,1	4	35,3
	Hay algún discapacitado	5,9	28,8	12,3	19,3	3,9	43,8	5,9	13,6
Nº de miembros en el hogar	Persona sola	2,2	20,3	6,6	12	0,8	15,6	3,9	8,9
	De 2 a 4 miembros	2,1	70,3	11,6	77,9	0,9	65,6	7,6	76,1
	5 y más miembros	3,4	9,5	16,1	10,2	3,0	18,8	14,6	15,1
Tres grupos étnicos	Todos españoles o EU15	2	79,5	9,9	80,5	1	87,5	6,3	74,2
	Algún extracomunitario (no UE15)	2,5	13,7	15,3	12,7	0,3	3,1	13,9	17,9
	Gitanos españoles	12,2	6,8	31,5	6,8	5,2	9,4	26,9	7,9
Tamaño de Municipio	Más de 100.000 hab	1,8	32,4	10,8	44,3	0,5	21,2	7,3	43,6
	Entre 50.000 y 100.000	2,4	10,8	12	12,6	0,6	6,1	6,4	10,1
	Entre 20.000 y 50.000	2,2	21,6	13,8	19,7	1,2	24,2	10,3	21,1
	Entre 5.000 y 20.000	1,6	13,5	10,6	15,7	0,2	3	8,4	18,1
	Menos de 5.000	5,4	21,6	6,9	7,8	6	45,5	4,3	7
Total		2,2	100	10,9	100	1	100	7,5	100

Fuente: EINSFF

Tabla 9. Asociación de distintas características de los hogares con el desempleo de larga duración del sustentador principal y el desempleo total familiar (análisis de hogares)

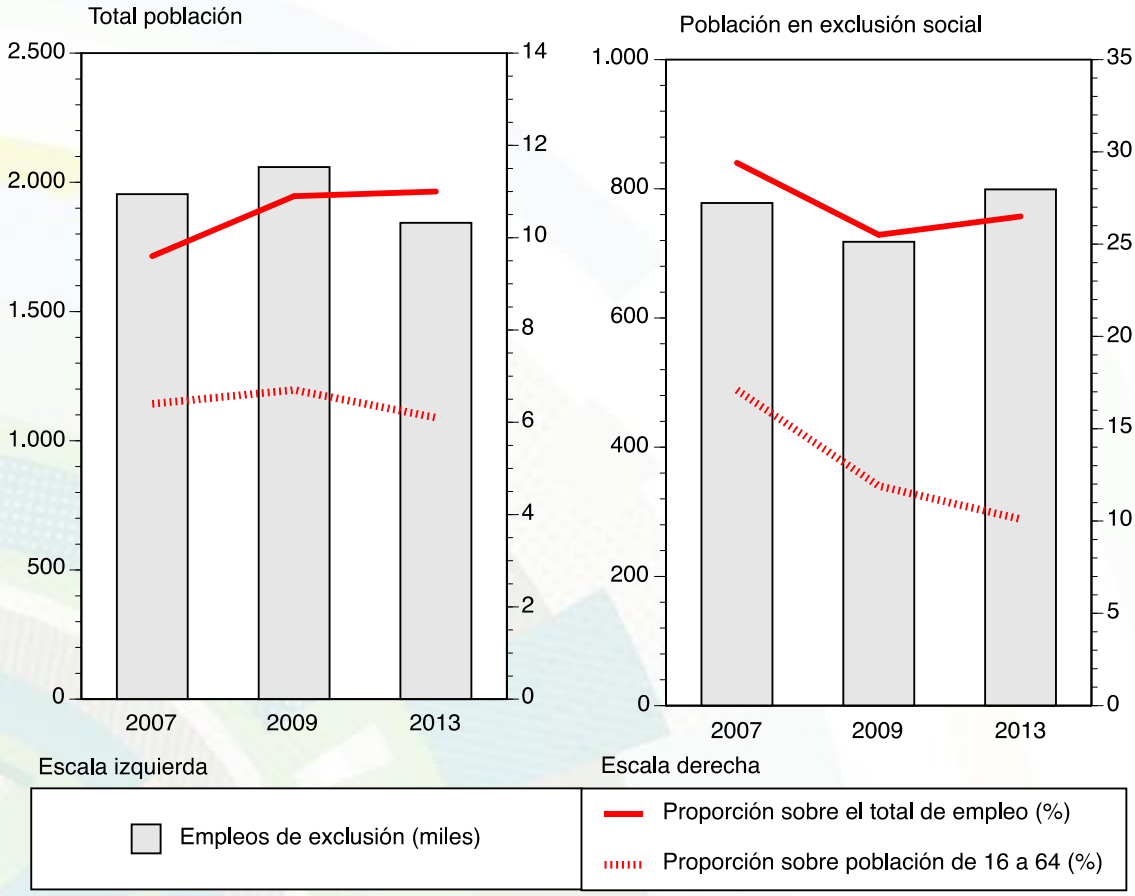
	2013			
	Hogares con todos los activos en paro		Sustentador principal parado de larga duración	
	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)
Sexo del sustentador principal (Ref.: Mujer)	,013	1,255	,000	1,596
Edad del sustentador principal (Ref.: Más de 45)	,507		,152	
Menos de 30 años	,726	1,054	,055	,709
De 30 a 44 años	,244	1,119	,817	,975
Estudios del sustentador principal (Ref.: Diplomado o licenciado superior)	,000		,000	
Ni lee ni escribe	,000	3,982	,007	3,151
Inferior a Graduado Escolar o ESO	,000	2,855	,000	2,081
Graduado Escolar o en ESO, Bachiller elemental	,000	2,511	,000	2,389
BUP,FPI, FPII, Bachiller LOGSE, o superior	,069	1,317	,415	1,151
Hogar monoparental	,000	,428	,001	,636
Hay algún anciano	,000	2,247	,000	9,900
Hay algún menor	,158	,880	,000	,582
Hay algún joven 18-24	,390	1,083	,032	,799
Hay algún discapacitado	,049	,829	,976	1,004
Nº de miembros en el hogar (Ref.: 5 o más miembros)	,318		,474	
Persona sola	,268	,815	,764	,935
De 2 a 4 miembros	,881	,980	,277	,856
Etnia (Ref.: Gitanos españoles)	,000		,000	
Todos españoles o de EU15	,000	,383	,000	,354
Algún extracomunitario o de EU12 ampliación	,001	,514	,006	,558
Tamaño municipio (Ref.: menos de 5000)	,002		,001	
Más de 100.000	,003	1,496	,027	1,475
Entre 50.000 y 100.000	,001	1,728	,287	1,257
Entre 20.000 y 50.000	,000	1,780	,001	1,891
Entre 5.000 y 20.000	,003	1,570	,001	1,949
Constante	,000	,112	,000	,021

Fuente: EINSFF

5.2. Empleos precarios pero socialmente útiles

La situación de aquellas personas que han conseguido mantenerse en el mercado laboral continúa empeorando. Así, por ejemplo, los datos reflejan una disminución de la proporción de empleados en jornadas típicas, de 37 a 40 horas y en contratados estables. Sin embargo, estas proporciones relativas no deben ocultarnos una característica diferencial de esta crisis respecto de otras experiencias anteriores: la destrucción de empleo formal no se ha visto moderada por una expansión de la economía sumergida que ofrezca una alternativa de ingresos, aún en condiciones muy precarias, a los hogares afectados por la crisis. Lo que aquí llamamos empleo de exclusión, bien por las características de las actividades realizadas, bien por la subprotección que implican, bien por la falta de cotización a la Seguridad Social. Al contrario, estos empleos de exclusión se han visto también afectados por la crisis y se han reducido en unos 200.000 desde 2009 en el conjunto de la población. Específicamente en los sectores socialmente excluidos, que han experimentado un aumento muy notable, el total de empleos de exclusión justamente ha logrado mantenerse y eso hace que en este sector de población sea ahora notablemente más difícil encontrar incluso este tipo de actividades económicas: si en 2007 el 17,1% de las personas en situación de exclusión social lograba acceder a un empleo de exclusión, ahora lo hace tan solo el 10,1%. La competencia se hace más intensa incluso en los sectores más marginales del mercado de trabajo.

Gráfico 3. Evolución del empleo de exclusión en el conjunto de la población española y en los sectores afectados por la exclusión social



Fuente: EINSFF

Todo ello tiene una clara incidencia en los resultados comparados sobre la situación laboral de las personas excluidas e integradas que aquí presentamos. La destrucción de empleo y el consecuente aumento del desempleo han supuesto una clara merma del poder de negociación de la población que desea trabajar y especialmente de la población en situación de exclusión, que presenta dificultades acumuladas que aumentan su aceptación de peores condiciones de trabajo.

Son varios los estudios que apuntan a la las dificultades para la asunción de trabajos regulares y legales como forma de vida entre los sectores excluidos (Murray, 1990; Mead; 1997). Obviamente, conforme nos acercamos a los sectores socialmente más excluidos, la importancia de los empleos de exclusión se hacen más patentes. Si son tan solo una proporción casi residual del 3,2% entre los sectores más integrados, pasan a ser 4 de cada 10 empleos entre los más excluidos. Pero estos empleos, subprotegidos, socialmente estigmatizados o realizados en condiciones especialmente desfavorecidas, tienen también una presencia significativa, aunque minoritaria, en sectores amplios de la población (en la integración precaria y la exclusión moderada). Aquí, la presencia de otros factores compensadores, otros empleos, la protección social o el apoyo familiar hacen que no se traduzcan en situaciones graves de exclusión social.

Pero incluso los sectores socialmente más excluidos no se emplean preferentemente en actividades marginales, en empleos de exclusión, sino en puestos elementales muy normalizados. En el año 2013, el 37,6% de los excluidos empleados trabajaban en este tipo de puestos elementales (prácticamente la mitad de los trabajadores en exclusión severa). Pero no es desdeñable el hecho de encontrar todo tipo de ocupaciones desarrolladas incluso por los sectores en las situaciones de exclusión más extrema.

Tabla 10. Distribución por ocupaciones de los distintos grupos sociales de la integración a la exclusión

	2007				2013			
	Integración	Integración Precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integración	Integración Precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Directores y gerentes	8,8	3,6	1,9	1,0	5,7	3,3	1,6	1,2
Técnicos y profesionales científicos e intelectuales	15,4	7,5	,5	2,6	20,1	10,3	6,2	4,0
Técnicos; profesionales de apoyo	17,8	4,4	4,0	2,1	13,6	9,0	5,1	3,5
Empleados contables, administrativos y otros empleados de oficina	12,9	12,9	9,8	1,6	6,1	4,6	4,3	2,3
Trabajadores de los servicios de restauración, personales, protección y vendedores	15,6	21,3	26,8	24,5	21,8	25,0	30,2	22,4
Trabajadores cualificados en el sector agrícola, ganadero, forestal y pesquero	1,0	3,8	,3	1,0	2,9	2,6	3,4	1,9
Artesanos y trabajadores cualificados de las industrias manufactureras y la contrucción	13,6	16,4	16,7	24,0	11,4	14,4	9,3	12,8
Operadores de instalaciones de maquinaria y montadores	2,7	2,0	6,1	1,0	7,0	7,6	7,4	4,2
Ocupaciones elementales	12,0	28,1	34,0	42,2	10,2	22,5	31,9	47,7

Fuente: EINSFF

Dentro del colectivo de personas en situación de exclusión severa, son mayoría quienes se insertan como empleadas domésticas (13,7%). Los datos reflejan también la importancia en términos numéricos del colectivo de excluidos que se insertan en empleos que se alejan de la imagen de marginación que se atribuye al trabajo de éste grupo más desfavorecido. El 9,3% trabaja en servicios de restauración, el 4,4% en la construcción y el 2,6% como dependienta en tiendas o almacenes. La lista que puede verse en la tabla 11 supone más de 2/3 del total del empleo desarrollado por los sectores excluidos en España.

Solamente la enumeración de este tipo de actividades nos permite apreciar la relevancia estructural y la utilidad social que presentan las actividades económicas desarrolladas por los sectores socialmente más desfavorecidos.

Tabla 11. Principales ocupaciones de las personas en situación de exclusión severa

	2013
Empleados domésticos	13,7
Trabajadores asalariados de los servicios de restauración	9,3
Otro personal de limpieza	7,4
Peones agrícolas eventuales temporeros	6,3
Recogedores de materiales diversos (chatarra y otros)	5,6
Trabajadores en obras estructurales de construcción	4,4
Venta ambulante marginal	3,8
Dependientes en tiendas y almacenes	2,6
Acabado construcciones e instalaciones	2,4
Trabajadores de los servicios personales	2,3
Operadores de instalaciones y maquinaria fijas	2,1
Ayudantes de preparación de alimentos	2,0
Peones del transporte, descargadores y reponedores	2,0
Otros trabajadores de los cuidados a las personas	1,9
Agencias viajes/recepcionistas y telefonistas/empleados de ventanilla	1,8

Fuente: EINSFF

El sector servicios, recoge a la mayor parte de los empleados, tanto excluidos como integrados. Es reseñable asimismo que, a lo largo del periodo analizado, observamos un aumento en la proporción de personas excluidas insertas en el sector agrícola, que tradicionalmente ha venido mostrando una mayor temporalidad, por la estacionalidad de las tareas, y una menor protección social. Durante la crisis, el empleo se ha mantenido más en este sector y posiblemente se ha convertido también en actividad refugio para trabajadores expulsados de otros empleos. Este aumento relativo del sector agrícola nos habla también de la interrupción del proceso de promoción laboral, desde la agricultura a otros empleos mejores, que ciertos sectores, como los trabajadores extranjeros, venían experimentando hasta finales de la pasada década.

La situación tampoco resulta favorable en lo que al número de horas de empleo se refiere. Las personas excluidas tienen un menor acceso a jornadas que podríamos categorizar como “típicas” (de entre 37 a 40 horas). En 2013, el 63,2% de los trabajadores plenamente integrados lo hacen en estas condiciones frente al 42% de los excluidos. Por el contrario, en los más excluidos se encuentran especialmente sobre-representados en jornadas “atípicas”, tanto por defecto (menores de 20 horas), como por exceso (más de 40 horas). En el 17,3% de los trabajadores en exclusión social severa, trabajar muchas horas no parece ser una solución suficiente a sus problemas.

La estabilidad en el empleo muestra una clara relación con la integración social. En 2013, se registra una diferencia de 48,5 puntos entre los más integrados y los más excluidos. Este último grupo, muestra una importante inserción en puestos de tipo temporal (38,7% en el año 2013) y en empleos irregulares (23,6% en 2013). La irregularidad en el empleo se ha multiplicado por 3 en este periodo entre los trabajadores más excluidos. A esto debemos sumar que esta población apenas recibe formación continua lo que dificulta aún más la promoción laboral.

Tabla 12. Distribución de la población ocupada por grupos de exclusión en función de su situación en el mercado de trabajo

		2007				2013			
		Integración	Integración Precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integración	Integración Precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Oficio en exclusión	No	96,7	87,4	74,8	62,7	96,8	88,4	80,5	60,8
	Sí	3,3	12,6	25,2	37,3	3,2	11,6	19,5	39,2
Actividad económica	Agricultura	2,3	6,5	5,4	3,6	4,5	5,6	9,8	10,3
	Industria	8,2	8,7	12,2	2,6	9,9	9,8	8,1	7,7
	Construcción	14,2	18,1	19,6	24,9	6,5	9,7	7,6	8,9
	Servicios	75,3	66,7	62,8	68,9	79,1	74,9	74,5	73,2
Jornada Laboral	Menos de 20 horas	1,8	7,3	20,5	10,3	5,0	6,5	9,0	19,2
	De 20 a 36 Horas	12,4	13,8	24,5	51,1	16,0	19,4	22,0	21,5
	37 a 40 horas	74,4	58,5	43,9	31,6	63,2	59,8	52,0	42,0
	Más de 40 horas	11,5	20,5	11,2	6,9	15,8	14,3	16,9	17,3
Situación laboral	Estables	82,7	66,3	57,1	43,8	84,9	71,1	56,9	36,4
	Temporales	14,1	30,1	39,7	47,6	13,8	25,1	34,9	38,7
	Empleo social	,0	1,3	,3		,3	,5	1,3	1,2
	Irregularidad	3,2	2,4	3,0	8,6	1,1	3,3	6,9	23,6

Fuente: EINSFF

Esta situación de creciente pérdida de poder de negociación de las personas ocupadas queda también reflejada en las estrategias que desarrollan para la mejora de su situación. 1 de cada 4 ocupados ha aumentado la búsqueda de empleo para encontrar otro puesto o para mejorar el actual y el 10,6% ha aprovechado para estudiar o formarse. Sin embargo, estos esfuerzos no han tenido un impacto directo en la mejora de la situación de una parte importante de la población que ha experimentado una reducción de sus ingresos. 1 de cada 2 ocupados señalan haber visto reducido sus ingresos y el 11% ha tenido que completar sus ingresos con otras actividades.

Aún es más, los efectos sociales de la crisis se hacen patentes en términos del agotamiento de la última malla de seguridad de una proporción importante de la población que la semana anterior a la encuesta se encontraba ocupada. El 7,1% señala haber agotado algún tipo de prestación. Esta cuestión resulta especialmente relevante porque la pérdida de empleo puede verse compensada por la cobertura ofrecida por las prestaciones de tipo contributivo para aquellas personas que han conseguido lograr cumplir los requisitos exigidos. Sin embargo, cuando estas se agotan o si las cotizaciones han sido insuficientes, el mantenimiento de los hogares con el recurso a prestaciones de menor cuantía se vuelve más complicado. El fin de todas las opciones puede redundar, y de hecho redunda, en una situación completamente insostenible en los hogares.

Como ya hemos comentado, hay una clara ligazón entre exclusión del empleo y exclusión social. Así, son las personas excluidas las que preferentemente se han visto obligadas a adoptar las mencionadas estrategias de adaptación a la crisis y las que en mayor medida han sufrido el impacto de la misma. Tanto es así que el 53,7% de la población excluida señala haber aumentado la búsqueda de empleo, 32 puntos por encima de la población integrada.

Asimismo, es preferentemente este colectivo el que se ha visto afectado por el agotamiento de las prestaciones (10 puntos por encima de la población integrada).

Como cabía esperar, son las personas que ocupan el espacio social de la exclusión severa quienes más han tenido que aumentar la duración de su jornada laboral o recurrir actividades secundarias para mejorar sus ingresos. Pese a ello, son también quienes manifiestan en mayor medida haber visto reducidos sus ingresos (72% de las personas en situación de exclusión severa) y es que son, junto con las personas en situación de exclusión compensada, quienes preferentemente han perdido su empleo (el 17,8% señala haber despedido de su trabajo como consecuencia de la crisis aunque luego lograran otro) y también quienes preferentemente están asistiendo al duro proceso de agotamiento de las prestaciones (el 20% ha agotado alguna prestación). La combinación de todos acontecimientos refuerza el ya perfilado impacto de la crisis. Ésta toma el rostro de la exclusión social.

Tabla 13. Percepción sobre el impacto de la crisis de las personas ocupadas (2013)

		2 intervalos de exclusión		4 intervalos de exclusión			
	Total	Integrado	Excluido	Integrado	Integración precaria	Exclusión compensada	Exclusión severa
Ha aumentado la búsqueda de empleo(encontrar o mejorar)	26,5	21,6	53,7	11,4	32,8	52,0	57,3
Ha disminuido la búsqueda de empleo(encontrar o mejorar)	3,1	3,1	3,3	2,4	3,9	3,2	3,6
Tiene un trabajo más precario, peor	18,6	17,5	24,9	14,7	20,6	25,1	24,7
Fue despedido de su trabajo(aunque luego encontrara otro)	8,5	7,1	16,3	2,9	11,8	17,6	13,2
Finalizó su contrato y no le renovaron(aunque luego encontrara otro)	10,2	9,0	17,2	4,0	14,4	16,9	17,8
Ha aumentado la duración de la jornada laboral	15,4	15,3	16,2	15,6	14,9	15,3	18,1
Ha disminuido la duración de la jornada laboral	8,4	8,0	10,6	7,0	9,1	11,4	9,0
Ha visto reducido sus ingresos	54,5	52,5	65,6	46,1	59,5	62,7	72,1
Ha tenido que completar ingresos con otras actividades	11,4	9,9	19,7	6,1	14,0	18,6	22,2
Ha visto frustadas sus expectativas de promoción/ascenso/mejoras en el empleo	20,5	18,8	30,1	15,5	22,4	29,7	31,0
Ha aprovechado para aumentar sus estudios o su formación	10,6	10,9	9,0	11,2	10,6	9,5	8,2
Ha tenido que dejar de estudiar o de formarse	1,7	1,2	4,8	,5	2,0	4,7	5,0
Ha agotado alguna de estas prestaciones: desempleo/subsidio/prodi/prepara/renta mínima	7,1	5,6	15,5	2,2	9,3	13,5	20,0

Fuente: EINSFF

Una vez mostrado cómo trabajan los sectores excluidos, descendemos al análisis de las características de los hogares afectados por cuestiones claves vinculadas a situaciones de precariedad, más exactamente del empleo en exclusión. Pretendemos aquí seguir avanzando en la incidencia de los oficios en exclusión y de los empleos sin cobertura a la seguridad social en los hogares.

Descubrimos así que, entre los hogares encabezados por mujeres, ha aumentado la proporción cuyo sustentador principal no tiene cobertura a la seguridad. Observamos la tendencia

contraria en los encabezados por varones. Hemos comentado anteriormente que cada vez son menos las oportunidades en el mercado laboral y también en aquellos puestos vinculados a la economía sumergida. Sin embargo, las mujeres parecen recurrir a esta vía de obtención de ingresos todavía en mayor medida que los varones. Esto puede vincularse a la importancia de la destrucción de empleo en el sector de la construcción que ha sido señalado como un importante nicho para la economía informal, donde eran los varones los que se insertaban preferentemente. Esta situación, sumada a la mayor incidencia de los oficios de exclusión (así clasificados por la forma en la que se organizan socialmente) en los hogares encabezados por mujeres plantea una complicada situación de acumulación de situaciones de precariedad extrema. El empleo en exclusión se traslada así a los hogares encabezados por mujeres.

Destaca la especial situación de vulnerabilidad de los hogares encabezados por personas de entre 30 a 44 años que muestran una mayor incidencia del empleo en exclusión (tanto de los oficios en exclusión como de empleos sin cobertura de la seguridad social). Esto se suma a la ya constatada situación de desventaja en relación al desempleo en los hogares encabezados por personas de este perfil de edad. Además, en esta ocasión, el análisis multivariante rubrica su peor posicionamiento en relación al resto de grupos de edad.

Por otro lado, la regresión logística pone de manifiesto que a menor nivel educativo mayor es la probabilidad de que el sustentador principal del hogar no tenga cobertura a la seguridad social. Este mismo análisis confirma que la inversión educativa se configura como un importante antídoto contra las situaciones de precariedad laboral severa. Son los hogares encabezados por personas con mayor nivel educativo las que muestran un menor riesgo de tener un sustentador principal con un empleo en exclusión.

Asimismo, y al igual que sucedía en relación a la concentración del desempleo, observamos que los hogares monoparentales, con menores o con un joven muestran una mayor incidencia de la exclusión del empleo en el sustentado principal.

Por último, cabe señalar que se ha producido una reducción en todos los grupos étnicos del impacto de la irregularidad en el empleo en el sustentador principal. En un contexto de competencia por recursos escasos, son los hogares con miembros pertenecientes a la comunidad gitana los que en mayor medida recurren al empleo sin cobertura a la seguridad social. Asimismo, ahora es más frecuente el recurso a oficios en exclusión (por la forma en la que se organizan) en los hogares con miembros extranjeros (aumenta en 10 puntos en el periodo analizado).

Tabla 14. Incidencia del empleo en exclusión por 100 hogares de cada grupo y distribución del total de hogares afectados según características del hogar (%)

		Sustentado principal con un oficio en exclusión				Sustentador principal con un empleo sin cobertura a la SS de la persona			
		2007		2013		2007		2013	
		Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución	Incidencia	Distribución
Sexo del sustentador principal	Varón	1,7	43,7	2	40,4	4,9	87,9	2,4	56,3
	Mujer	6,2	56,3	5,8	59,6	1,9	12,5	3,8	43,7
Edad del sustentador principal	menos de 29 años	0,9	2,9	2,3	4,6	4,4	10,5	5,4	12,2
	de 30 a 44 años	3,1	32	6,7	50,4	5,2	39,2	5,6	46,5
	de 45 a 64 años	3,2	65	2,1	45	3,4	50,3	1,7	41,3
Estudios del sustentador principal	Ni lee ni escribe			1,9	1,4			2,3	2
	Sin enseñanza obligatoria	1,4	15,6	2,9	24,3	8	56	2,5	23,1
	Secundaria obligatoria	1	8,9	3,8	37,3	2,9	16,3	3,7	40,6
	Secundaria post-obligatoria	1,8	16,7	3,5	28,3	2,7	16,3	2,5	21,9
	Enseñanza superior	7,4	58,9	2,1	8,3	2,2	11,3	2,7	12,4
Composición del hogar	Hay núcleo monoparental	13,6	50,5	6,3	27,9	3,9	10,5	4,3	21,3
	Hay algún anciano	3,9	40,8	0,5	5,4	0,5	3,5	0,5	5,5
	Hay algún menor	2,1	21,4	5,3	47,1	5,1	38,5	4,5	44,3
	Hay algún joven 18-24	7,7	51,5	5,2	33,2	2,7	13,2	4,4	31,3
	Hay algún discapacitado	1	3,9	1,4	7,5	0,5	1,4	1,2	7,5
Nº de miembros en el hogar	Persona sola	3,6	23,5	2,3	13,9	5,4	25,2	3,1	20,9
	De 2 a 4 miembros	2,9	73,5	3,2	73	3,8	70,6	2,7	67,2
	5 y más miembros	1,4	2,9	5,8	13,2	2,7	4,2	4,7	11,9
Tres grupos étnicos	Todos españoles o EU15	1,9	55,3	1,6	45	2,2	46,2	1,8	55,3
	Algún extracomunitario (no UE15)	6	23,3	16,4	46,4	15,1	42,7	9,9	31,2
	Gitanos españoles	33,8	21,4	11,4	8,6	23,9	11,2	16,3	13,4
Tamaño de Municipio	Más de 100.000 hab	5,2	74,8	3,5	48,9	4,6	47,6	3,1	47,8
	Entre 50.000 y 100.000	1,1	3,9	3,1	11,1	3,6	9,1	4,5	18,2
	Entre 20.000 y 50.000	0,9	6,8	3	14,3	6,4	33,6	2,2	11,5
	Entre 5.000 y 20.000	2	11,7	3,4	16,4	1,8	7,7	2,7	15,
	Menos de 5.000	0,9	2,9	2,5	9,3	1	2,1	1,8	7,5
Total		2,9	100	3,2	100	4,1	100	2,9	100

Fuente: EINSFF

Tabla 15. Asociación de distintas características de los hogares con el desarrollo del empleo en exclusión del sustentador principal (análisis de hogares)

	2013			
	Sustentador principal oficio en exclusión		Persona principal con empleo irregular	
	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)
Sexo del sustentador principal (Ref.: Mujer)	,000	,284	,019	,696
Edad del sustentador principal (Ref.: Más de 45)	,000		,001	
Menos de 30 años	,001	,360	,219	1,331
De 30 a 44 años	,000	1,770	,000	1,847
Estudios del sustentador principal (Ref.: Diplomado o licenciado superior)	,006		,002	
Ni lee ni escribe	,535	1,434	,295	1,755
Inferior a Graduado Escolar o ESO	,002	2,318	,076	1,559
Graduado Escolar o en ESO, Bachiller elemental	,004	2,028	,078	1,469
BUP,FPI, FPII, Bachiller LOGSE, o superior	,186	1,395	,237	,759
Hogar monoparental	,004	,594	,001	,530
Hay algún anciano	,000	6,814	,000	7,379
Hay algún menor	,571	1,095	,953	1,010
Hay algún joven 18-24	,236	,828	,215	,817
Hay algún discapacitado	,002	2,307	,007	2,002
Nº de miembros en el hogar (Ref.: 5 o más miembros)	,968		,000	
Persona sola	,912	1,036	,013	2,184
De 2 a 4 miembros	,937	,982	,965	,990
Etnia (Ref.: Gitanos españoles)	,000		,000	
Todos españoles o de EU15	,000	,141	,000	,126
Algún extracomunitario o de EU12 ampliación	,487	1,199	,005	,503
Tamaño municipio (Ref.: menos de 5000)	,061		,002	
Más de 100.000	,499	,853	,633	1,131
Entre 50.000 y 100.000	,458	,803	,024	1,918
Entre 20.000 y 50.000	,185	,693	,327	,740
Entre 5.000 y 20.000	,264	1,346	,137	1,542
Constante	,000	,022	,000	,019

Fuente: EINSFF

5.3. La explotación económica de los sectores excluidos se intensifica con la crisis

En este apartado tratamos de mostrar y cuantificar la utilidad social del empleo de los sectores excluidos. Pretendemos aquí mostrar la relación entre los ingresos obtenidos y las horas de trabajo invertidas por diferentes colectivos (integración, integración precaria, exclusión moderada y exclusión severa). Daremos cuenta así de la situación de las personas menos favorecidas en términos de explotación laboral.

Hemos calculado los ingresos obtenidos por estos sectores de las diversas actividades económicas desarrolladas. No se trata por tanto de salarios exclusivamente, sino que también están presentes los beneficios generados por todo tipo de actividades productivas.

El cálculo, que debe ser interpretado como una estimación, ha sido realizado a partir de la combinación de los datos obtenidos en las Encuestas FOESSA y en la Encuesta de Población Activa. De esta última tomamos el dato referente al número total de ocupados.

Destaca en primer lugar, que ha aumentado el número de personas que viven en hogares excluidos y que se encuentran ocupadas. Ello debe entenderse en el marco de una extensión del espacio social de la exclusión. Paralelamente puede observarse una bajada de la media de ingresos derivados del trabajo entre la población general. Sin embargo, la disminución de los ingresos no se ha distribuido de manera equitativa. Son las personas en situación de exclusión moderada quienes más han visto mermados sus salarios (13%).

Asimismo, podemos observar cómo son las personas en situación de exclusión, bien severa o bien moderada, quienes tienen una recompensa menor en relación a las horas de trabajo invertidas (4 y 5 euros la hora respectivamente). Los datos evidencian también un descenso en los ingresos medios por hora. Dicho fenómeno ha impactado de manera diferente en los grupos sociales analizados. Así, las personas en situación de exclusión moderada han visto mermados sus ingresos del trabajo en más de un 25% mientras que quienes se encuentran en situaciones de exclusión más severa registran una bajada del 17%. Estas cifras se encuentran por encima a las correspondientes a la población integrada.

En suma, las personas excluidas trabajan más para ganar menos. En 2013, los sectores integrados desarrollaron el 40,1% de las horas laborales del conjunto de la sociedad y percibieron el 47,3% del salario total. En contraste, los sectores en situación de exclusión severa trabajaron el 5,7% del total de horas para obtener el 3,5% de los ingresos generados por el trabajo entre el conjunto de los ocupados.

Tabla 16. Utilidad social del empleo de los sectores excluidos e integrados. Ingresos percibidos y horas trabajadas en términos de masa salarial agregada

	2007				2013			
	Integrados	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integrados	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Horas de Trabajo anuales (Media)	2.062	1.986	1.642	1.544	2.007	1.956	1.893	1.739
Ingresos del trabajo anuales (Media)	17.120,4	12.259,5	10.265,1	7.323,1	15.278,6	12.033,6	8.930,6	6.812,9
Relación salario/jornada	8,3	6,2	6,3	4,7	7,6	6,2	4,7	3,9
% de horas sobre las horas totales	57,2	32,2	7,1	3,4	40,1	43,0	11,2	5,7
% de Ingresos sobre los ingresos totales	64,6	27,1	6,1	2,2	47,3	41,0	8,2	3,5

Fuente: EINSFF

(*): Datos referentes a las actividades económicas del año anterior

Las personas en exclusión y especialmente las que se encuentran en situaciones más severas están además sobre-representadas en los estratos bajos de la escala de ingresos derivados del trabajo. El 85,7% de las personas en situación de exclusión severa cobra menos de 7 euros la hora y el 49% obtiene un salario inferior a los 3 euros la hora (claramente por debajo del SMI legalmente establecido).

Se pone de manifiesto pues que la realidad de la exclusión social, el significado económico y social que ésta tiene en nuestra sociedad, no viene marcado por la irrelevancia de una población redundante, de un excedente sobrante, improductivo e inútil. Más bien lo contrario, las actividades realizadas y su dimensión en tiempo y en dinero nos hablan de la relevancia de la aportación de más de un millón de trabajadores en exclusión social severa y de otros 2 millones más en exclusión moderada, cuyas condiciones de vida vienen marcadas más bien por la sobreexplotación económica en un mercado de trabajo enormemente deteriorado.

Se confirma la ya extendida idea de que la población excluida y en especial quienes se encuentran en situaciones más severas han sido especialmente afectados por la crisis, pero no solo por la reducción de los empleos disponibles, sino también por la intensificación de su explotación laboral.

Tabla 17. Ingresos por hora trabajada según la situación de la persona en relación a la exclusión

	2013			
	Integración	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
De 0 a 2,99 Euros	7,0	16,6	25,9	49,0
De 3 a 6,99 Euros	46,7	54,7	56,9	36,7
De 7 a 8,99 Euros	18,5	13,5	10,6	4,3
De 9 a 11,99 Euros	14,6	8,9	4,3	5,3
Más de 12 Euros	13,2	6,2	2,3	4,7

Fuente: EINSFF

En esta fase de la crisis, el debate debe ir más allá de la muy relevante cuestión del enfrentamiento del desempleo y poner de relevancia la situación de precarización de los sectores más vulnerables. Los resultados ponen de manifiesto una pérdida progresiva de la capacidad integradora del empleo y una contradicción cada vez más intensa entre el aumento de los trabajadores en situación de exclusión social y la creciente relevancia estructural de la función que cumplen en el sistema productivo.

6. Los hogares ricos en empleo disminuyen y aumentan los hogares pobres en empleo

Hemos ya desgranado los efectos de la precariedad y hemos visto cómo la población en situación de exclusión social ha asistido a un proceso de degradación de su relación con el empleo. Debemos señalar, en contraposición, que las situaciones de precariedad laboral pueden verse compensadas, en cierta manera, por la situación de otros miembros del hogar.

En este marco, analizaremos en este apartado la evolución del empleo precario y de calidad en España para continuar con el análisis de las combinaciones de diferentes situaciones vinculadas a la consecución de ingresos que se están dando en los hogares para poder hacer frente a las necesidades del día a día (empleo de calidad, empleo precario, pensiones, prestaciones por desempleo). Tener un empleo precario supone un factor de vulnerabilidad social. Sin embargo, puede verse compensado por los efectos que pueda tener el empleo de calidad de otros miembros del hogar. En contraposición, cuando este constituye el único ingreso del hogar, el escenario, sin duda, se recrudece.

Cabría esperar que como consecuencia de la destrucción de empleos de tipo temporal y no cualificado del que dan cuenta fuentes como la EPA se hubiese producido un descenso de la proporción de empleo precario respecto del total de empleo. Sin embargo, el análisis realizado muestra una tendencia al alza de este tipo de puestos en términos proporcionales sobre el conjunto del empleo: pasa del 23,6% en 2007 al 27,2% en 2013. Si bien hemos asistido a un proceso de destrucción de ciertos empleos y de disminución del número de ocupados, también hemos presenciado una extensión de otros elementos vinculados a la precariedad: reducción de los salarios, aumento del recurso a ocupaciones marginales etc.

De la misma manera, y a pesar de la pérdida de empleo, la situación en relación a la ya constatada pérdida de capacidad de poder de negociación del conjunto de la población queda también reflejada en términos de evolución del empleo precario en términos absolutos. Así medido, observamos también un aumento. En 2007 había 4.694.400 empleos precarios. 6 años más tarde se observa un aumento del 3% de los empleos precarios. En 2013 se registran 4.830.300 empleos de este tipo. De manera paralela, y si bien la proporción de empleo de calidad sobre el total de empleo se mantiene, estos puestos se reducen un 11% en términos absolutos.

Queremos aclarar que esta constituye una aproximación en la que se considera como empleo de calidad aquel que cumple 4 de las siguientes características: cobra más de 7 euros la hora, trabaja todo el año, es un empleo cualificado, es un empleo estable (considerando no solo a los trabajadores indefinidos sino también a los autónomos) y/o cotiza a la seguridad social. Consideramos empleo precario aquel que cumple 3 de las siguientes características: produce unos ingresos de menos de 7 euros la hora, no trabaja durante todo el año, es un empleo no cualificado y/o se realiza bajo la fórmula de contrato temporal, empleo social o empleos informales. Además de la cuestión de la acumulación, medida a partir de los mencionados indicadores, hemos tenido en cuenta también que quienes trabajan sin cobertura a las seguridad social, en una ocupación marginal, menos de 6 meses al año o cobran menos de 4 euros a la hora se encuentran, solamente por el hecho de cumplir una de estas características de fuerte desprotección, en situación de precariedad laboral.

Esta medición a través de las EINSFF 2007 y 2013 sobre la calidad del empleo ha sido realizada en referencia a las actividades del año anterior. El listado de las variables incluidas puede observarse en la tabla 18. La Encuesta FOESSA muestra una mayor capacidad para captar aquellas situaciones vinculadas a la precariedad laboral que otras fuentes como la Encuesta de Población Activa del Instituto Nacional de Estadística. Esto se debe fundamentalmente a que en la primera se recoge la información derivada de la semana anterior a la encuesta mientras que en la segunda se hace referencia a la ocupación en el año. La EINSFF muestra entonces un gran potencial para recoger las situaciones derivadas de la rotación entre empleos y la inserción en puestos poco estables.

Podemos observar a través de esta fuente que se ha producido un importante descenso de la proporción de empleos con salarios superiores a los 7 euros la hora a la par que aumentan aquellos con salarios muy bajos (menos de 4 euros la hora). Este fenómeno va de la mano de una extensión del recurso a empleos que no consiguen prolongarse todo el año. Además, observamos también que, a diferencia de la EPA, se recoge aquí un descenso de la proporción de empleo estables (que incluye a los trabajadores autónomos además de a los asalariados indefinidos) y una proporción relativa similar de empleos cualificados en los dos periodos analizados. Esto no se debe tanto a un mantenimiento de este tipo de empleos, que tal y como constatan multitud de estudios basados en la EPA, han sido los más afectados por la crisis en términos absolutos, sino a la importante rotación de trabajadores entre empleos precarios que es recogida por la perspectiva anualizada de la EINSFF.

Además, esta encuesta nos permite también contrastar la situación en relación al empleo del año anterior con la correspondiente a la semana precedente a la Encuesta. Descubrimos así que ha aumentado claramente la proporción de personas que tenían empleos precarios y que han pasado a engrosar las listas del desempleo. Estas representaban el 8,8% según la Encuesta 2007 mientras que, de acuerdo a los datos ofrecidos por la de 2013, representaría el 30,8%. El aumento del empleo precario ha ido de la mano entonces de una creciente pérdida de empleo por parte de los sectores más vulnerables.

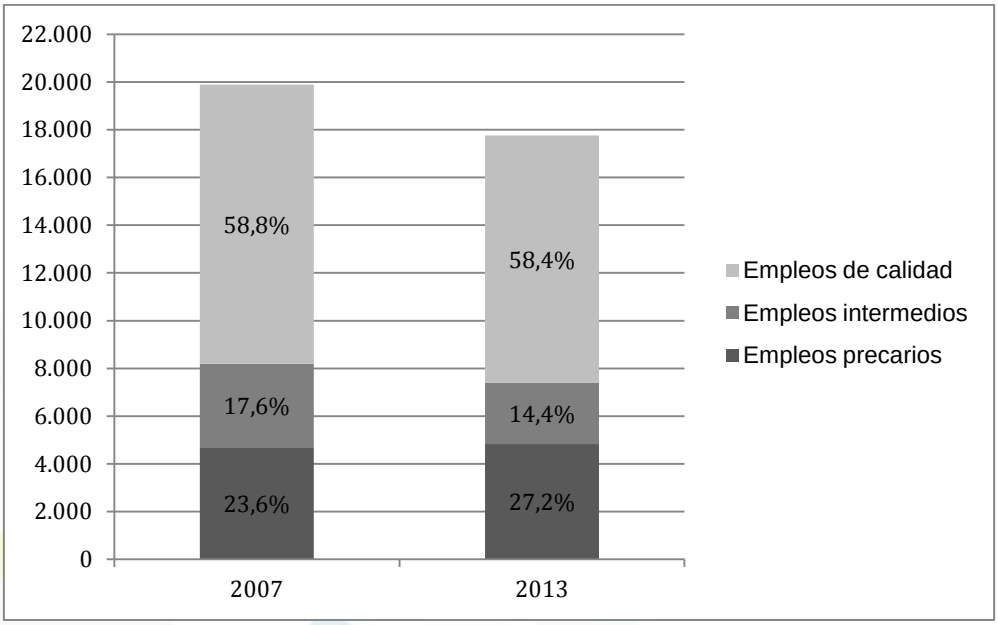
Tabla 18. Relación de variables clave para medir la calidad del empleo

		2007	2013
Empleo de calidad	Salario superior a 7 euros la hora	56,6	48,3
	Empleado todo el año	82,5	77,5
	Empleo cualificado	79,6	79,6
	Empleo estable	73,5	72,7
	Cotiza a la Seguridad Social	93,3	92,9
Empleo precario	Salario inferior a 7 euros la hora	43,4	51,7
	No trabaja durante todo el año	17,5	22,5
	Empleo no cualificado	20,4	20,4
	Contrato temporal, empleo social o empleos informales	26,5	27,3
	Sin cobertura a la seguridad social	6,8	7,1
	Ocupaciones marginales	4,8	6,9
	Trabaja menos de 6 meses al año	9,4	10,3
	Menos de 4 euros	7,1	9,0

Fuente: EINSFF

Debe hacerse notar que esta cuantificación del empleo precario y del empleo de calidad está basada en una clasificación relativa a la acumulación de situaciones vinculadas a la precariedad (o a la calidad del empleo en su lectura inversa) y a la intensidad de otros escenarios de extrema exclusión en el empleo. Obviamente cualquier revisión de la formulación podría dar lugar a cuantificaciones distintas e igual de legítimas. Más allá de la precisión de las estimaciones, lo que aquí nos interesa es, por un lado, acercarnos a la evolución del empleo precario y, por otro lado, a las diferentes situaciones que se dan en los hogares y que pueden resultar en núcleos donde los riesgos del empleo precario se redistribuyen y contrarrestan o en situaciones de extrema fragilidad. Abordamos a continuación esta segunda cuestión.

Gráfico 4. Distribución del empleo en función de su calidad



Fuente: EINSFF y EPA (INE)

(*): Datos referentes a las actividades económicas del año anterior

Podemos ver que los datos anteriormente mostrados tienen una traslación en los hogares. La proporción de hogares con ocupados en los que ninguno de sus miembros tiene un empleo precario se ha reducido en un punto. De manera paralela, ha aumentado la proporción de hogares con algún miembro con empleo precario y han disminuido en 3,8 puntos los que tienen a todos sus miembros ocupados con empleos de calidad. Sin embargo, se mantiene la proporción de hogares con todos sus miembros con un empleo precario. La acumulación de este tipo de empleos puede suponer una situación de menor desprotección que la de aquellos que vinculan su subsistencia a un único empleo vulnerable.

Podemos decir que se ha reducido la proporción de hogares ricos en empleo, protegidos desde un punto de vista del empleo por la situación de todos sus miembros, a la par que ha aumentado la proporción de hogares pobres en empleo, con algún miembro con empleo precario.

Tabla 19. Distribución de los hogares con ocupados de 16 a 64 años según su situación en relación a la calidad del empleo

	2007	2013
Ningún miembro con empleo precario	67,8	66,9
Algún miembro con empleo precario	24,3	25,2
Todos los miembros con empleo precario	7,9	7,9
Total	100	100
Ningún miembro con empleo de calidad	32,2	32,6
Algún miembro con empleo de calidad	41,1	44,6
Todos los miembros con empleo de calidad	26,6	22,8
Total	100	100

Fuente: EINSFF

(*): Datos referentes a las actividades económicas del año anterior

La distribución de los riesgos del empleo precario entre los miembros del hogar puede resultar en un interesante elemento de protección. Sin embargo, debemos señalar que en la mayoría de los hogares con algún precario no se establecen mecanismos de compensación con empleos de calidad. Este recurso se plantea en menos de 4 de cada 10 hogares con al menos un precario.

Además, y como es lógico debido a que los hogares extensos no son los mayoritarios, observamos que en los hogares con 2 o más personas en situación de precariedad laboral la compensación con los empleos de calidad de otros miembros es aún menos frecuente. De nuevo debemos hacer referencia a la existencia, en términos de empleo, de una tendencia a la polarización social. La combinación de diferentes tipos de empleo y, consecuentemente la reducción de la vulnerabilidad de los hogares en términos de empleo, no es la situación mayoritaria en el contexto español.

Tabla 20 Relación entre los empleos de calidad y los empleos precarios en los hogares con algún miembro ocupado (% horizontal)

		2013			
		Número de empleos de calidad			
		0	1	2	3 o más
Número empleos precarios en el hogar	0	15,4	57,8	24,5	2,3
	1	63,2	30,6	5,8	0,4
	2	83,7	14,8	1,5	0,0
	3 o más	83,6	13,7	0,0	2,7

Fuente: EINSFF

(*): Datos referentes a las actividades económicas del año anterior

Tanto es así que los hogares con miembros con empleos precarios y de calidad representa el 7% sobre el total de los hogares. 1.264.700 hogares se encuentran en esta situación. Sin embargo, corroboramos que esta combinación supone un elemento de protección contra la exclusión social.

El 4,3% de los hogares con algún precario y algún empleo de calidad se encuentran en situaciones de exclusión severa. Esta es la cifra más baja de entre todas las analizadas y se encuentra por debajo a la correspondiente al conjunto de los hogares con miembros de 16 a 64 años (10,8%). De la misma manera, los hogares que suman al empleo precario algún ingreso

estable, como pueden ser las pensiones, también reducen el riesgo de caer en las situaciones de exclusión.

Por el contrario, hay una clara relación entre la dependencia de un único empleo de calidad en el hogar y la exclusión social. Es decir, aquellos hogares cuyos ingresos dependen casi exclusivamente del mencionado empleo precario muestran un importante riesgo de pasar a vivenciar este escenario. El 61% de los hogares con un empleo precario y sin otras fuentes de ingresos regulares ocupan el espacio social de la exclusión y el 35,1% vivencian situaciones especialmente severas.

Sin embargo, la combinación de varias precariedades reduce las posibilidades encontrarse en exclusión. Debemos señalar, que esta situación es menos frecuente que la dependencia de un solo empleo precario. 361.400 hogares dependen de los ingresos de 2 o más trabajadores precarios. Además, muestran una incidencia de la exclusión severa 11,4 puntos menor a la correspondiente a los hogares que dependen de un único empleo precario.

Tabla 21. Relación entre las diferentes tipologías de hogares con miembros con empleo precario y la exclusión social

	2013					
	Integrado	Integración precaria	Exclusión compensada	Exclusión severa	Total (% sobre el total de hogares)	Total Número en Miles
Hogares con un trabajador precario, sin otros ocupados, sin pensionistas y sin perceptores de prestaciones por desempleo (16-64 años)	5,2	33,7	26,0	35,1	4,2	758,8
Hogares con dos o más trabajadores precarios, sin otros ocupados, sin pensionistas y sin perceptores de prestaciones por desempleo (16-64 años)	7,9	41,2	27,1	23,7	2,0	361,4
Hogares con algún trabajador precario y alguna prestación por desempleo (16-64 años)	15,5	44,6	23,1	16,8	6,2	1120,2
Hogares con algún precario (16-64) y algún pensionista	27,1	48,5	14,5	9,9	4,6	831,1
Hogares con algún trabajador precario y algún trabajador con empleo de calidad (16-64 años)	32,9	53,7	9,2	4,3	7,0	1264,7
Hogares con algún trabajador precario y algún complemento (perceptores de prestaciones por desempleo 16-64 años, pensionistas, miembros con empleos de calidad 16-64 años)	24,5	49,5	15,4	10,5	14,7	2656

Fuente: EINSFF y EPA (INE)

(*): Datos referentes a las actividades económicas del año anterior

Tanto el análisis de hogares como el análisis realizado a nivel de individuos en relación a la evolución del empleo nos muestran una tendencia a la polarización en términos de empleo de los hogares. Ello pone de manifiesto la actualidad del debate sobre el aumento de la fractura social y los riesgos que esta crisis está suponiendo en términos de pérdida de cohesión social.

7. Más población en búsqueda de empleo con peores perspectivas

Si nos centramos ahora en la población parada (la semana anterior a la encuesta buscaba empleo, ha estado buscando empleo en las últimas 4 semanas y está disponible para trabajar) observamos que 9 de cada 10 personas desempleadas recurren al Servicio Público de Empleo Estatal, una proporción muy relevante y sin grandes diferencias entre los grupos sociales. Ello debe vincularse al requisito de inscripción establecido en las prestaciones de protección frente al desempleo, así como en otras prestaciones sociales.

Por otro lado, los datos reflejan un claro aumento del tiempo de búsqueda de empleo. Si en el 2009, el 58,1% de las personas paradas llevaban menos de 1 año en esta situación, en 2013 encontramos que el 44% señalan esta opción. De manera paralela, ha aumentado el número de personas que se encuentran en procesos de desempleo muy prolongado (más de 2 años) que, por su extensión temporal, debe vincularse al desánimo ante la imposibilidad de encontrar un puesto. Las situaciones de desempleo de entre 2 y 4 años han aumentado en mayor medida entre las personas en situaciones de exclusión severa y moderada, 9,8 y 15,7 puntos respectivamente.

Tabla 22. Tiempo de búsqueda de empleo entre la población desempleada en distintos grupos sociales

	2013				
	Integración	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total desempleados
Un año o menos	58,7	52,8	37,5	32,5	44,0
De 1 año a 2	23,9	22,1	31,0	25,8	25,4
De 2 a 4 años	11,9	16,0	21,1	27,7	20,0
Más de 4 años	5,5	9,2	10,4	14,0	10,5
Desempleo de larga duración	41,3	47,3	62,5	67,5	55,9
Desempleo de muy larga duración	17,4	25,2	31,5	41,7	30,5

Fuente: EINSFF

La crisis, ha ido aparejada a una reducción de los ingresos del 70% de las personas paradas encuestadas. Debemos tener en cuenta que la pérdida del empleo suele ir ligada a una merma de los ingresos. Por otro lado, si el desempleo se prolonga, baja la cantidad de ingresos que se perciben con las prestaciones contributivas que dan paso a subsidios de menor cuantía. Finalmente, las personas pueden tener que afrontar situaciones sin ingresos. El 17,8% de las personas paradas señalan haber agotado alguna prestación (desempleo/subsidio/prodi/prepara/renta mínima).

En este marco, la población parada se ha visto obligada a desarrollar estrategias de afrontamiento al nuevo contexto. El 63,2% señala haber aumentado la búsqueda de empleo y, el 11,4% afirma haber aprovechado para estudiar o formarse. En un marco como el actual, de deterioro del empleo y de aumento del desempleo, resulta interesante analizar las estrategias formativas y de búsqueda de empleo de la población.

Tabla 1. Percepción sobre el impacto de la crisis de las personas paradas (%)

	2013
Ha aumentado la búsqueda de empleo	63,2
Ha visto reducido sus ingresos	70,0
Ha aprovechado para aumentar sus estudios o su formación	11,4
Ha tenido que dejar de estudiar o de formarse	2,6
Ha agotado alguna de estas prestaciones: desempleo/subsidio/prodi/prepara/renta mínima	17,8

Fuente: EINSFF

La proporción de población que ha recibido formación en las 4 semanas anteriores a la encuesta es claramente minoritaria. El 10,6% de la población entre 16 y 64 años ha realizado algún tipo de formación y el 11,1% de las personas paradas han realizado formación profesional o prelaboral.

Son los varones, menores de 30 años, con un nivel educativo medio (BUP,FPI, FPII, Bachiller LOGSE, o superior) y de nacionalidad española quienes preferentemente están accediendo a la formación para personas en desempleo. Los datos reflejan además que las actividades formativas están llegando fundamentalmente a personas que se encuentran en situación de integración precaria. Quienes están en situación de exclusión severa son quienes tienen una menor presencia.

Tabla 24. Características de la población parada que realiza formación para el empleo y de la población en edad activa que realiza algún tipo de formación

	2013	
	Parados	Población de 16 a 64 años
	Formación para el empleo	Algún tipo de formación
Varón	53,9	46,2
Mujer	46,1	53,8
Menos de 30 años	39,6	36,0
30-44 años	37,9	34,1
45-64 años	21,9	29,9
Analfabetos	,3	,1
Sin estudios obligatorios	8,4	5,9
Secundaria obligatoria	35,9	24,3
FP, Bachiller	39,5	38,4
Superiores	15,9	31,2
Españoles y UE15	78,0	86,4
Gitanos españoles	2,7	2,1
Extranjeros	19,3	11,5
Integrado	18,4	40,8
Integración precaria	39,2	38
Exclusión moderada	24,8	12,3
Exclusión severa	17,6	8,8
Total	11,1	10,6

Fuente: EINSFF

En contraposición, encontramos que las personas integradas y las mujeres en edad activa son quienes preferentemente están recibiendo formación en un sentido más amplio. Dentro de esta categoría incluimos desde formación continua para personas ocupadas hasta actividades de desarrollo personal.

Podemos señalar entonces que los datos reflejan un claro aumento de la búsqueda de empleo que va de la mano de un aumento brutal de las tasas de desempleo que, sin embargo, no va acompañado de estrategias formativas paralelas.

Atendiendo al tipo de formación realizada, puede verse que la incidencia mayor corresponde a la formación continua (realizada por trabajadores ocupados, muchas veces en la propia empresa o en relación con la misma) seguida de la formación ocupacional (realizada por personas desempleadas, normalmente en relación con el servicio público de empleo correspondiente). Pero otro tipo de formaciones, menos directamente orientadas al empleo tienen también una importancia nada despreciable.

Tabla 25. Proporción de acceso a distintos tipos de formación en función de los niveles de integración social

	2013				
	Integración	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total
Formación ocupacional	1,9	2,3	2,3	3,4	2,3
Formación prelaboral	0,6	1	2,1	1,8	1,1
Formación Continua	4,6	2,5	1,2	0,3	2,8
Desarrollo personal	1	0,4	0,7	0,7	0,7
Ocio y tiempo libre	1,5	0,7	0,4	0,6	0,9
Sin especificar	1,3	1,4	1,2	1,5	1,3
Total	10,9	8,3	7,9	8,3	9,1

Fuente: EINSFF

El acceso de los distintos grupos sociales a cada tipo de formación está muy marcado: la formación continua se asocia al espacio de la integración social, de la misma forma que la que tiene un contenido más ocioso o de desarrollo personal; la formación ocupacional está presente en todos los grupos, aunque más en la exclusión más severa; y la formación prelaboral se asocia más claramente al espacio de la exclusión social.

Los recursos dedicados a la formación, mayoritariamente financiada con fondos públicos, son escasos pero aún así parece que hay margen para una utilización más adecuada a las cifras de desempleo y de exclusión social que estamos observando. Tanto las características de la formación realizada, como la distinta presencia en cada grupo social, escasamente asociada a lo necesaria que resultaría en cada caso, nos sugieren posibilidades de mejora.

8. Conclusión

En las últimas décadas hemos asistido a un proceso de extensión de la fragilidad del empleo en determinados sectores sociales. En este marco, el debate en torno a la creciente pérdida de capacidad integradora del empleo ha tomado especial relevancia. Sin embargo, hoy en día, sigue siendo considerado un elemento fundamental para promover la integración social de las personas.

Más allá de estos debates aplicables a buena parte de los países europeos, la crisis económica ha puesto de manifiesto en el marco español, los déficits de su mercado de trabajo. Sabemos que no hay una relación directa entre la dinámica económica y la evolución del empleo sino que la forma en la que estos dos procesos se articulan depende de la productividad y de la distribución de los tiempos de trabajo. En el contexto español, se ha asistido a una intensificación de tendencias ya existente. Ligada a la fuerte pérdida de empleo, los puestos temporales y de baja cualificación, en los que la población en situación de exclusión se encontraba sobre-representada, y que suponían una importante proporción sobre el total de empleo, han sido los primeros en desaparecer.

Este hecho puede contrastar con el constatado fenómeno del refuerzo de los procesos de precarización laboral. Ha aumentado la proporción que éste representa sobre el total de empleo y también ha crecido en términos absolutos. Podemos decir que se han eliminado ciertos puestos poco deseados pero, de manera paralela, se han extendido otros fenómenos vinculados a la precariedad como pueden ser los puestos de salarios bajos y se están produciendo procesos de rotación entre empleos precarios. Este hecho ha tenido una traslación en los hogares. Ahora son más los hogares con algún miembro con empleo precario. Además, estas situaciones no parecen compensarse, en la mayoría de los casos, con el empleo de calidad de otros miembros del hogar.

Podemos decir, por tanto, que hemos asistido a un proceso de destrucción de empleo que ha ido paralelo a una pérdida de capacidad de negociación del conjunto de los trabajadores y que se suma e interactúa con la clara extensión del espacio social de la exclusión. Incluso alejándonos del debate en torno a la recuperación económica, que no corresponde a este análisis, debemos señalar que si ésta se materializa en términos de empleo, puede ser insuficiente para recuperar, al menos en el medio plazo, los efectos devastadores del último periodo vivido sobre la capacidad integradora del empleo. Esto queda justificado por dos razones fundamentales.

Por un lado, quienes han conseguido mantenerse en el mercado de trabajo son ahora más vulnerables a la precarización. Este es un fenómeno que va más allá del espacio social pero que tiene una fuerte incidencia en las personas excluidas. Es este colectivo social el que preferentemente se emplea en puestos en exclusión, en puestos no cualificados y en situación de irregularidad. Su explotación queda reflejada también en términos salariales. Las personas en situación de exclusión tienen que trabajar más para obtener un salario menor. Hemos encontrado que el acceso al empleo garantiza cada vez menos la integración social: la tasa de exclusión social entre los trabajadores ha ascendido hasta el 15,1% y hasta los empleos de exclusión de la economía sumergida, que no están creciendo, son cada vez una alternativa más inaccesible para un volumen creciente de personas excluidas. A pesar de la utilidad social y de la funcionalidad económica del trabajo que realizan, las personas excluidas reciben una escasa compensación por su aportación al conjunto de la sociedad.

Por otro lado, la concentración del desempleo en los hogares ha aumentado claramente. El 10,9% de los hogares españoles se encuentran con todos sus miembros en desempleo y el 7,8% de los hogares sin ocupados no recibe prestaciones. Estas representan situaciones de vulnerabilidad severa, en las que todos los miembros del hogar se encuentran en una situación de precariedad social, no siendo viable la distribución de los riesgos dentro del hogar. Son

situaciones, por lo tanto, que inciden directamente en el día a día del hogar. Estos procesos de deterioro en el mercado de trabajo han redundado en un aumento de las situaciones de vulnerabilidad social, han supuesto un claro deterioro de la salud, la calidad de la vivienda y del entorno de multitud de personas.

Este avance del desempleo ha ido acompañado del desarrollo de estrategias de búsqueda de empleo que no han conseguido frenar el desarrollo del fenómeno del desempleo de muy larga duración. Así, mientras el desempleo se alarga, la situación de los hogares empeora. El 70% de las personas paradas señalan haber visto mermados sus ingresos y el 17,8% ha agotado alguna prestación en el último año. Esta representa una situación sobre la que debemos poner el foco de atención. El acceso a prestaciones contributivas de desempleo puede ir vinculada a una pérdida de capacidad adquisitiva. Además de ello, las nuevas prestaciones (PRODI, PREPARA,…), de lógica semi-contributivas, se han quedado cortas en el contexto de una larga crisis como la que hemos vivido. Las lagunas de la protección social y de la protección por desempleo en particular están entonces intensificando las consecuencias de la precariedad y de los procesos de pérdida de empleo.

Podemos decir que, en estos complicados años, la balanza se ha decantado entonces por una combinación de desempleo y de extensión de la precariedad como respuesta a la coyuntura que se suma a un sistema de protección que está poniendo de manifiesto sus límites y fallas. El panorama resulta especialmente preocupante si tenemos en cuenta que los hogares excluidos del empleo muestran dificultades acumuladas y que la distribución de los efectos de la crisis entre los diferentes grupos sociales no ha sido homogénea.

En primer lugar, hemos evidenciado que la exclusión del empleo implica un mayor riesgo de exclusión en otros ámbitos. Es decir, el alejamiento progresivo de la integración en el empleo se relaciona con el avance hacia la exclusión en otras dimensiones. Sin pretender establecer relaciones causales, queremos evidenciar las complejas interrelaciones existentes entre los procesos de exclusión social y de exclusión del empleo. En segundo lugar, hemos asistido a un desigual impacto de la exclusión del empleo en los hogares. Ésta afecta más a sectores excluidos y a ciertos perfiles de hogares, como son los encabezados por mujeres, jóvenes y gitanos y extranjeros. Nos enfrentamos al riesgo de acabar con los logros conseguidos en términos de la integración de estos colectivos. Afecta también a determinados tipos de hogares como los monoparentales y a aquellos en los que hay algún joven. Es decir, ha impactado más en colectivos sobre los que la exclusión social inciden en mayor medida.

En suma, los resultados evidencian el importante riesgo de fractura social al que nos enfrentamos. El empeoramiento en relación al empleo, con un aumento de los hogares pobres en empleo se añade al aumento en relación a los hogares sin empleo. La precarización crece a la par que lo hace la competencia por unos puestos cada vez menos deseables. En este marco, la población en situación de exclusión es la primera afectada por los procesos de deterioro del mercado de trabajo. Hemos asistido así a un proceso de transformación muy intenso que todavía no ha recibido una adecuada respuesta desde las políticas públicas y que hace necesario un debate más amplio sobre del modelo social que se está generando.

9. Bibliografía

ALFAMA, E., y OBRADOR, A. (2006): *Estudios de inclusión social en España. Un análisis del estado de la investigación sobre inclusión y exclusión social*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. [No publicado].

ARTILES, A.; LÓPEZ-ROLDÁN, P.y MOLINA, O. (2011): "Movilidad ascendente de la inmigración en España". *Papers ,4* (96): 1335-1362.

CACHÓN, L. (1995): “Marco institucional de la discriminación y tipos de inmigrantes en el mercado de trabajo en España”, *REIS*, 65: 105-124.

CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidos.

GALLIE, D., y PAUGAM, S. (2000): *Welfare regimes and the experience of Unemployment in Europe*. Oxford: Oxford University Press.

GARRIDO, L. (2010): "El impacto de la crisis sobre la desigualdad en el trabajo". *Papeles de economía* (124), 47-68.

GIDDENS. (1991): *Sociología.* Madrid: Alianza.

LAPARRA, M. (2007): *La construcción del empleo precario: Dimensiones, causas y tendencias de la precariedad laboral.* Madrid: Fundación FOESSA.

— y PÉREZ-ERANSUS, B. (coords.) (2008):"La exclusión social en España" en: *VI Informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España.* Madrid: Fundación FOESSA.

LESCHKE, J., y WATT, A. (2008): "Putting a number on job quality? Constructing a European job quality index". *ETUI-REHS Working Papers*, 2008.03.

LLORENTE, R. (2013): "Evolución del Empleo Temporal en España en las dos últimas crisis” en *XI Congreso español de Sociología* .

MEAD, L. (1997): *From Welfare to Work*. London: Institute for Economic Affairs.

MURRAY, C. (1990): *The emerging British underclass*. London: Health and Welfare Unit, Institute of Economic Affairs.

PÉREZ, B. (2001): “La contratación pública como alternativa de inserción sociolaboral de personas en situación de exclusión social”. Comunicación presentada en el congreso *La contratación pública como instrumento de inserción laboral*. Pamplona.

PÉREZ-ERANSUS, B. (2010): "Articulación de los procesos de pobreza económica y exclusión social tras la crisis". En M.L. Pérez-Eransus, *El primer impacto de la crisis en la cohesión social en España.* Madrid: Fundación FOESSA.

SÁNCHEZ, F. R. (2011): "El trabajo no declarado en España". *Estudios de la Fundación 1º de Mayo* (45).

SCHENEIDER, F. (2010): *The influence of the economic crisis on the underground.* ShadEcOECD.

SUBIRATS, J. (2004): *Pobreza y exclusión social: Un análisis de la realidad*. Barcelona: Fundación La Caixa.

ZUGASTI, N. (2014): “Incidencia de la crisis en el empleo extranjero. Evidencias a partir de las transiciones laborales de trabajadores indefinidos”, *Papers: revista de sociología,* 99 (2): 285-306.

ZUGASTI, N. (2013): *Transiciones laborales de la población inmigrante en época de crisis. Entre la integración y la exclusión en el mercado de trabajo.* Madrid: Fundación FOESSA.

DOCUMENTO DE TRABAJO 3.6

VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014

FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

Cáritas